

BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

«DEDOS FINOS» EDDIE

Adam Surray





PUNTO ROJO



ADAM SURRAY

**DEDOS FINOS,
EDDIE**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.063
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 26.855 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: septiembre, 1982

1ª edición en América: marzo, 1983

© Adam Surray - 1982

texto

© Almazán - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1982



9 788402 025135

01715



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

CAPÍTULO PRIMERO

Washington, Distrito de Columbia, es la capital de los Estados Unidos. Sede del Gobierno federal de la nación, del Presidente, del Congreso y del Tribunal Supremo. Gran parte de la población es transitoria. Cambios políticos de senadores, diputados, embajadores, corresponsales y presidentes.

La población local vive ajena a esos cambios y batallas políticas. Feliz de habitar en una ciudad maravillosa y tranquila. Pródiga en parques y arboladas avenidas. Cuna de cultura, con su fabulosa Galería Nacional de Arte, el Smithsonian Group, la Phillips Gallery, las colecciones de arte del Dumbarton Oaks Museum o los edificios gubernamentales con sus múltiples exposiciones propias y monumentos.

En el *Water Gate*, junto al monumento a Lincoln, tienen lugar armoniosos recitales y conciertos. Abraham Lincoln, en su majestuoso trono de mármol con columnas de inspiración griega, parece extasiarse con la música.

Toda una bella ciudad adornada por los ya clásicos cerezos del Japón. Un rosado conjunto de flores que salpican parques, fuentes y avenidas.

Es fácil distinguir los habitantes locales de los visitantes. Estos últimos no pueden ocultar su orgullo de pisar Washington, D.C. De su proyectada entrevista con algún alto miembro del Gobierno. De poder cruzarse incluso con el mismísimo presidente de los EE.UU.

Los Sindicatos de trabajadores, los representantes de la dirección ejecutiva, altos empresarios y financieros acuden a Washington para resolver sus distintos problemas. Muchos de ellos los solucionarán con un simple correveidile de los pasillos; pero se darán por satisfechos. Y en su regreso a la ciudad de origen, comentarán haber estrechado la mano del Presidente.

El Ballinger, emplazado en la Taos Avenue y a poca distancia del

Franklin Square, era un buen hotel. Sin la categoría del Madison, Washington Hilton o Congressional; pero sí un magnífico hotel.

El salón social contiguo a recepción era amplio y confortable. Dotado de pequeño mostrador con servicio de bebidas.

En uno de los taburetes se encontraba un individuo joven. De unos veintiocho años de edad. Pelo negro, abundante, peinado hacia atrás, aunque con rebeldes mechones asomando sobre la despejada frente. La nariz perfilada. Ojos grises. Labios de fino trazo y barbilla firme. Su complexión era atlética. Vestía chaqueta de ante, camisa polo y pantalón a juego.

El individuo mantenía la mirada en el ventanal del salón.

Y entornó los ojos al divisar a la mujer.

Un monumento andante.

Cruzó la Taos Avenue en dirección al Ballinger Hotel. Con un innato ondular de caderas. Algo no deliberado ni provocativo. Aquel leve oscilar resultaba deliciosamente sensual. Una mujer joven. No más de los veinticuatro años de edad. Rostro ovalado. De pómulos gatunos. Con unos ojos almendrados. Los labios de suave curva, gordezuelos, húmedos, tentadores...

Igualmente tentador resultaba el cuerpo de armoniosas curvas. Lucía un favorecedor vestido en Crépe de Chine de elegante estampado. Un modelo que no ocultaba la perfección de los erguidos senos, el cimbrear de la cintura ni la turbadora redondez de las caderas. Su diestra hacía oscilar graciosamente un bolso de piel.

El individuo descendió del taburete abandonando el salón social. Llegó a recepción a tiempo de ver entrar a la muchacha en el hotel. No acudió al mostrador de recepción, sino que encaminó sus pasos hacia uno de los elevadores.

El individuo permaneció apoyado en una de las columnas.

Encendió un cigarrillo.

No llegó a consumir por completo el emboquillado. Con el cigarrillo humeando en los labios, se aproximó a los elevadores.

Arrojó el cigarrillo antes de introducirse en la cabina.

Abandonó el ascensor en la octava planta para, seguidamente, adentrarse por el alfombrado corredor en forma de «L». Se detuvo frente a la puerta señalizada con el número 807.

Golpeó la hoja con los nudillos de la diestra.

La puerta se abrió a los pocos segundos, asomando un individuo de unos cincuenta años de edad.

—¡Adelante con el champán y...! —El hombre enmudeció borrando de inmediato la sonrisa de su rostro. Parpadeó repetidamente. Reaccionando, añadió—: ¿Quién es usted?

—Teniente Cassidy, Departamento de Narcóticos —replicó el hombre de los ojos grises.

—¿Departamento de...?

El hombre no pudo terminar de hablar.

Fue empujado hacia el interior de la habitación. Su visitante entró cerrando la puerta tras de sí. Llevó la zurda al bolsillo interior de la chaqueta para extraer una credencial. La mostró al perplejo individuo.

—Teniente Cassidy, del Departamento de Narcóticos —volvió a repetir, con voz inexpresiva—. Identifíquese usted.

El individuo era gordito, de corta estatura, cuelllicorto y cabeza grande. Estaba en mangas de camisa. Una camisa hecha a medida. Al igual que el pantalón, de excelente corte.

—Yo... yo soy Gary Salkow...

—Su documentación.

—Está... está en el dormitorio... Tengo visita, ¿sabe? ¿Puede decirme de qué...?

El llamado Cassidy realizó un par de zancadas. Suficientes para recorrer la antesala y abrir la puerta que comunicaba con el dormitorio.

Una habitación amplia. Con finos cortinajes en el ventanal. Cama protegida por suave edredón, dos mesas de noche a juego con el armario y el boudoir. Dotada de televisor y mueble-bar.

La puerta del contiguo cuarto de baño entreabierta.

De allí surgió la femenina voz.

—¿Ya tenemos ahí el champán, querido?

Gary Salkow enrojeció.

Estaba contemplando el vestido en Crépe de Chine depositado sobre la cama. En el suelo, junto a la alfombra, unos zapatos de alto tacón y unos *pantys*.

Apareció la muchacha.

Con dos únicas piezas de tela sobre su seductor cuerpo.

Dos diminutas prendas.

El sujetador en suave poliamida negro controlaba con dificultad los erectos senos. El *slip*, con turbadoras aplicaciones de encajes, se limitaba a un triángulo de fina tela.

La joven palideció.

Hizo ademán de precipitarse hacia el bolso de mano depositado sobre el lecho, pero Cassidy se le adelantó.

Rechazó bruscamente a la muchacha.

—Tranquila, Jessica. Yo te daré el lápiz de labios. Es eso lo que buscas, ¿verdad?

—Maldito bastardo... Sucio polizonte...

El rostro de Gary Salkow había pasado del rojo tomate al blanco cadáver. Sacudió la cabeza a la vez que forzaba una sonrisa.

—Oiga... yo... yo no... no comprendo nada de...

Cassidy había vaciado el bolso sobre la cama.

De entre los variados objetos femeninos destacó una bolsa de plástico. Conteniendo unos polvos blancos. Cassidy los olfateó.

—Vas prosperando, Jessica —sonrió Cassidy, humedeciendo el índice de su diestra para luego introducirlo en la pequeña bolsa. Se lo llevó a los labios—. De la mejor calidad. Sin duda tu cliente es de categoría. ¿Cuánto pensaba pagar por la remesa, Salkow?

Gary Salkow volvió a sacudir la cabeza.

Agrandó los ojos.

Fijos en la muchacha.

—Dile... dile que... que tú y yo...

—¡Al diablo contigo! —exclamó la joven, para seguidamente romper en ahogado sollozar.

Cassidy le dirigió una despectiva mirada.

—Llora, Jessica, llora... Dudo que en esta ocasión puedas pagar la fianza. Esto es heroína. Y no se trata de una pequeña dosis de consumo.

—Oiga, teniente...

—Quiero advertirle algo, Salkow —interrumpió Cassidy, secamente—. Todo cuanto diga a partir de ahora puede ser utilizado en su contra.

—¡Yo no he hecho nada! Soy... Soy Gary Salkow... de la Salkow Company de Richmond. Aquí... aquí tengo mi documentación...

El hombre abrió el armario para extraer un maletín.

—No me obligue a matarle, Salkow.

Gary Salkow agrandó aún más sus ojos.

—Yo... yo... no pretendía nada... sólo iba a mostrarle mí...

—Correcto, Salkow —asintió Cassidy—. Adelante. Era mi deber advertirle del peligro. No me dejó sorprender.

Gary Salkow depositó el maletín sobre una de las sillas. Lo abrió nerviosamente. Diminutas gotas de sudor perlaban su frente.

En el interior del maletín varios papeles, documentos, cheques de viaje y ordenados fajos de billetes.

Mostró la documentación a Cassidy.

—Gary Salkow, de la Salkow Company, Richmond... Con domicilio en el 771 de Ridder Street...

—Soy el presidente de la Salkow Company, teniente.

—¿Desde cuándo se dedica al tráfico de drogas, Salkow?

—Yo... yo...

—Ese paquete de heroína significan muchos miles de dólares, Salkow. No se trata de una simple compra para el consumo propio, sino de tráfico.

—¡Esto es absurdo! Oiga, teniente... Llegué ayer a Washington. Esta mañana he conversado con el senador Curtis. Un asunto relacionado con mi compañía. Terminada la entrevista decidí... decidí... bueno, yo... Uno de los empleados del hotel sugirió proporcionarme compañía femenina.

—¿Es usted casado, Salkow?

—¡Oh, sí! —Salkow sonrió de oreja a oreja. Tomó la billetera para sacar una fotografía—. Ésta es Helen. Aquí está con Freddy y la pequeña...

Salkow enmudeció.

Inclinó la cabeza.

—Siga, Salkow. Le escucho con toda atención.

—Sí, soy casado... pero todos cometemos alguna equivocación, ¿no es cierto, teniente?

—Casarse es la mayor de ellas, Salkow.

Gary Salkow movió la cabeza en instintiva afirmación.

—Yo... soy un hombre respetable, teniente. Mi conversación con el senador fue un éxito. Estaba eufórico... Quise celebrarlo llamando a una

«call-girl

». El empleado del hotel...

—¿Quiere hacerme creer que es la primera vez que entra en contacto con Jessica?

—¡Se lo juro!

Cassidy desvió la mirada hacia la silenciosa muchacha. Ésta ya parecía haber cesado en su sollozar.

—¿Qué dices a eso, Jessica?

—Nada. No diré nada, polizonte. No hablaré hasta estar en presencia de mi abogado.

—¡Tiene que decir la verdad! —exclamó Salkow, angustiado—. ¡Diga la verdad! ¡Jamás la había visto antes! Yo no trafico en drogas. ¡Tiene que decir la verdad!

El esbozo de una sonrisa se reflejó en los carnosos labios de Jessica.

—Déjame pensar, encanto... ¿En verdad eres un tipo respetable, importante y todo eso?

—Por supuesto. ¡Soy el presidente fundador de la Salkow Company!

—*Okay* —sonrió la muchacha, hinchando el pecho—. Somos cómplices.

Gary Salkow no reaccionó de momento a las palabras de la joven. Pese a lo incómodo de su situación, había quedado maravillado por el espectáculo. Jessica, al hinchar el pecho, hizo temblar el sujetador. Sus erectos senos pugnaron por quedar libres.

Salkow sacudió la cabeza.

Apartó los ojos de los senos femeninos.

—¿Cómplices? ¡Eso es falso! ¡Es falso!

Cassidy intervino.

—Tranquilo, Salkow. Empiezo a creerle. En el Departamento se solucionará todo. Se lo prometo.

El rostro de Salkow aparecía ya bañado en sudor.

Ajeno al perfecto aire acondicionado del hotel.

—En el Departamento... me tomarán declaración... mi nombre...

—¿Declaración? —rió Jessica, en cantarina carcajada—. ¡Más que eso, amor! Tu nombre y el mío van a ir unidos. Tu suerte será la mía.

—No, no puede hacerme eso...

—Estás podrido de dólares, amor —siguió la muchacha, risueña

—. Apuesto que también cuentas con influencias. Cuando salgas en libertad bajo fianza, pagarás también la mía.

—Pero yo... yo nunca he traficado en...

—Demuéstralo. Te iba a entregar la remesa, ¿lo has olvidado? ¡Eso juraré en mi declaración! En marcha, polizonte. Ya nos podemos ir.

Jessica comenzó a vestirse.

Empezó por los finos *pantys*, que hizo subir delicadamente por sus esbeltos muslos.

Un turbador espectáculo que no fue apreciado por Salkow. Ahora estaba realmente ajeno a aquello. Hundido. Con la cabeza inclinada. Balbuceando ininteligibles palabras.

—Yo sí le creo, Salkow —animó Cassidy—. Todo se solucionará en el Departamento. No permitiremos que ésa víbora se salga con la suya.

—Pero mi nombre... mi esposa descubrirá... Todo el Consejo de Administración de la Salkow Company conocerá que yo...

—Eso es algo imposible de evitar, aunque...

Un leve destello de esperanza iluminó el rostro de Gary Salkow.

Fijó su mirada en Cassidy.

—Diga, teniente.

—Jessica sólo quiere involucrarle para poder salir bajo fianza. En esta ocasión sabe que será elevada. Y ella no dispone de los tres o cuatro mil dólares a que subirá la fianza. De ahí que le busque como cómplice. ¿Me equivoco, Jessica?

La muchacha ya se estaba ajustando el vestido.

Sonrió.

—No diré nada sin estar en presencia de mi abogado.

—¿Qué te parece cuatro mil dólares, Jessica? —inquirió Cassidy—. Con ellos solucionarás el problema de la fianza. El señor Salkow está dispuesto a hacerte ese... préstamo.

Jessica entornó los ojos.

Contemplando alternativamente a Cassidy y a Salkow.

Tras leve indecisión, chasqueó la lengua.

—Prefiero tenerle a mi lado. Como cómplice. La condena será menor.

—No seas estúpida, Jessica —dijo Cassidy—. Te consta que descubriremos la verdad. Sólo conseguirás que el nombre de Gary

Salkow se vea envuelto en un gran escándalo inmoral, pero no en un caso de drogas. Confórmate con los cuatro mil dólares.

—Por favor —suplicó Salkow—. Se lo ruego... Mi esposa, mis hijos, los miembros del consejo de administración de la Salkow Company...

—De acuerdo, amor. Suelta los cuatro mil. En efectivo. Puede que me lleguen para el pago de la fianza.

Salkow se precipitó hacia el maletín.

Contabilizó cuatro mil dólares. De los diferentes fajos allí depositados, sólo quedaron unos quinientos dólares.

La muchacha atrapó el dinero introduciéndolo en su bolso de mano. Guardó también los objetos personales. A excepción del paquete de polvos blancos, que pasaron a poder de Cassidy.

—Su nombre quedará al margen de este feo asunto, Salkow. Y no se preocupe por Jessica. Tampoco ella hablará. Esta clase de gente, aunque sin escrúpulos, sí sabe mantener un trato.

—Le estoy muy agradecido, teniente... Jamás... jamás olvidaré...

—Todo lo contrario, Salkow. Debe olvidar este desagradable suceso. Que le sirva únicamente de lección. No más conquistas fáciles. Tiene usted una mujer encantadora.

Gary Salkow desvió la mirada hacia la fotografía.

Helen, su esposa. Con su rostro mofletudo. Con grandes bolsas de carne bajo los ojos. La nariz ancha. Con aquella sombra de bigote encima del labio superior, la verruga en el pómulo...

Sí.

Incluso a Salkow le pareció encantadora.

Cassidy y la muchacha abandonaron la habitación.

Avanzaron por el corredor hacia los elevadores.

En silencio.

Fue al introducirse en la cabina e iniciar el descenso cuando la joven echó los brazos al cuello de Cassidy.

—¡Oh, Eddie!

Unieron sus labios.

En apasionado beso.

Instantes más tarde, salían del hotel riendo a carcajadas.

CAPÍTULO II

El Checkmade era uno de los más elegantes *night-clubs* de Washington. Y su casino de juego, uno de los más concurridos. El pit-boss

, jefe de los croupiers, deambulaba con su impecable *smoking* por las mesas de póquer, dados, kino, ruleta, *black-jack*, chemin de fer...

Reinaba gran animación.

Especialmente en la mesa de ruleta.

—Lo lamento, señor, pero no podemos admitirle eso.

Las arrugas se acentuaron en el rostro del individuo.

Un hombre de avanzada edad. Frisando en los ochenta años. Vestía con elegancia. Sus manos jugueteaban con una artística sortija.

—¿Que no puede admitirme...? Llevo gastados más de veinte mil dólares en diferentes salas de juego. Olvidé mi talonario de cheques, pero esta sortija tiene un valor incalculable. Perteneció a mi difunta madre. Es una joya que...

—Lo lamento, señor —volvió a decir el croupier, ahora con voz más fría—. Y le ruego no insista.

El anciano se incorporó.

Ofendido.

Encaminó sus pasos hacia el mostrador. Abandonó la mesa de ruleta al unísono con un individuo de semi-calva cabeza y lentes de miope.

Coincidieron igualmente en el mostrador.

—Maldita sea...

El miope sonrió al irritado anciano.

—No debe quejarse, amigo. Le oí comentar que perdió ya unos veinte mil. De haberle aceptado la sortija, también la hubiera perdido.

El anciano chasqueó la lengua.

—No. Mi suerte iba a cambiar. Siempre ocurre así. En principio pierdo, pero luego me recupero; aunque tal vez ésta no sea mi noche.

—Tampoco la mía —sonrió el miope—. Llevo perdidos cerca de los cuatrocientos dólares.

—¡Qué fortuna!

—No me gusta el juego —dijo el individuo, captando la ironía del anciano—. Pernocto aquí, en el Checkmade Hotel. He realizado una cena de negocios. Después de cerrar un trato siempre se toman unas copas. Al quedar solo decidí pasarme por el casino. No pensaba gastar más de los cien y he perdido cuatrocientos. Me queda el consuelo de haber realizado un magnífico negocio en mi desplazamiento a Washington.

—Le felicito. Permítame presentarme... Soy el conde Seymour.

—Scott... Samuel Scott —respondió el individuo, algo aturdido. Tras sus lentes de miope, sus ojos se empequeñecieron aun más. Fijos en el anciano—. ¿También de paso en Washington?

—Tengo una hacienda a poca distancia de aquí. En Hyattsville. ¡Maldita sea...! ¡Olvidar mi talonario de cheques!

—Conserva la sortija. Dijo que perteneció a su difunta madre, ¿no? Hubiera sido muy lamentable el perderla.

El ajado rostro del anciano reflejó una mueca de indiferencia.

—Tengo más. Yo soy viudo. A las joyas de mi madre se unen las de mi difunta esposa. Y a mí no me gustan las joyas.

—Disculpe mi intromisión, caballero... ¿desea desprenderse de esa sortija?

El anciano desvió la mirada hacia su izquierda.

Contempló al individuo.

Un hombre joven. Atractivo. De ojos grises. Vestía elegante chaqueta en lino color crudo, camisa en seda natural y pantalón azul marino.

—En efecto, hijo. ¿Le interesa?

—¿Me permite?

El individuo tomó la sortija de manos del anciano. La examinó detenidamente. Como un experto. Fijándose en los más mínimos detalles.

—¿Cuánto quiere por ella?

—¿Cuánto está dispuesto a darme?

—Digamos... ocho mil dólares.

El anciano se encogió de hombros.

—No entiendo mucho de eso, pero me parece una buena cantidad. Suficiente para volver a tentar la suerte en la ruleta, aunque no aquí. ¡No volveré a pisar el Checkmade! ¿En efectivo esos ocho mil dólares, hijo?

—Por supuesto. Siempre que me firme un papel de venta detallando su nombre, número de cédula de identidad y demás datos.

El anciano rió cascadamente.

—No es la primera joya que vendo, hijo. Conozco los trámites. Voy a por mi documentación. Está en mi habitación del hotel.

—También yo iré a por el dinero. Nos reuniremos aquí mismo dentro de diez minutos, ¿de acuerdo?

—Muy bien, hijo, pero dame algo de ventaja. Mis piernas no son tan ágiles.

El anciano abandonó la sala de juego. En cortas y rápidas zancadas. Con una ligereza no acorde con su avanzada edad.

El individuo de los ojos grises abonó su consumición.

—No creo que haga un buen negocio —comentó Samuel Scott—. Yo jamás compraría una joya a un desconocido.

—Juego sobre seguro.

—¿Qué quiere decir?

Los grises ojos del individuo acusaron un leve destello. Extrajo una tarjeta del bolsillo superior de la chaqueta.

Se la ofreció a Scott.

—Creaciones Haven... Alta Joyería —leyó Samuel Scott—. Donald McCamey, 1383 de Naples Road... Nueva York...

—Esa sortija es una isabelina con rubíes y diamantes. Una pieza de museo. Una reliquia. En cualquier subasta puede superar con facilidad los veinte o treinta mil dólares. Y no la compro a un desconocido. El conde Seymour firmará un papel con todas las garantías para mí. Disculpe...

Samuel Scott quedó solo en el mostrador.

Contemplando la tarjeta.

Así le sorprendió el retorno del anciano.

—Empiezo a perder facultades... Tenía la billetera en el bolsillo

con la documentación. Al pedir la llave en recepción se me ocurrió echar mano al bolsillo y descubrí la billetera.

Samuel Scott dirigió una rápida mirada a la puerta de entrada. Posó seguidamente sus miopes ojos en el anciano.

—Señor conde... Creo que su sortija vale más que esos ocho mil dólares. Por lo menos mil dólares más. Yo estaría dispuesto a darle nueve mil.

—Lo lamento, pero ya he hablado con ese joven y...

—Diez mil dólares.

El anciano arqueó las cejas.

—¿También en efectivo?

—Los llevo encima. En billetes grandes. Vamos a uno de los reservados y firmamos el papel de venta.

—De acuerdo, Scott. Los negocios son los negocios.

Los lentes no ocultaron el codicioso destello nacido en los ojos de Samuel Scott.

Muy similar al reflejado en las pupilas del anciano.

CAPÍTULO III

El Buick «Century» permanecía frente a la entrada principal del Checkmade. Con el motor en marcha.

Eddie Cassidy se situaba frente al volante. Con un cigarrillo humeando en los labios. Jessica a su lado. En el asiento contiguo. La muchacha mantenía la mirada fija en la puerta del casino.

—Se está demorando.

Cassidy sonrió.

Arrojó el cigarrillo por la abierta ventanilla del auto.

—El abuelo es capaz de estar contando los billetes uno por uno. Es muy desconfiado.

—¿Saldrá bien?

—Seguro, Jessica. Conozco al tal Samuel Scott. Sabes que selecciono bien a las víctimas. Scott acaba de realizar en Washington un sucio negocio. La expropiación de una pequeña industria familiar. Por cuatro centavos. Aprovechándose de una crisis pasajera. Samuel Scott es un especulador. Un tipo que se considera muy listo en los negocios. Un buitres. Al acecho de las desgracias ajenas para lucrarse.

—Creo que... ¡Ahí viene el abuelo!

El anciano fue ceremoniosamente saludado por el portero del Checkmade.

Avanzó hacia el Buick.

Se introdujo en el asiento posterior.

Y el vehículo inició de inmediato la marcha.

—Ya estaba preocupada, abuelo.

—Todo salió a la perfección, hija. Le saqué nueve mil dólares.

—Repíte eso, Arthur —dijo Eddie Cassidy, desviando su mirada hacia el espejo retrovisor interior—. ¿Cuánto has dicho?

El anciano carraspeó.

Forzó una sonrisa.

—Nueve mil. No está nada mal, ¿eh?

—Mejor serían diez mil.

—Por supuesto. También tú podías haberle sacado más a Gary Salkow y no conformarte con los cuatro mil.

Cassidy chasqueó la lengua.

—Te equivocas, Arthur. Cuatro mil fue lo que calculé al echar un vistazo a su maletín. No podía pedirle más. No le quedaron más de quinientos. Tú sí has conseguido los diez mil de Scott. No trates de engañarme.

—¡Maldita sea...! ¿Dudas de mi palabra?

—Diez mil, Arthur. Eso fue lo que te soltó Scott.

El anciano suspiró ruidosamente reclinándose en el asiento.

—Está bien... Fueron diez mil.

—Debería darte vergüenza, abuelo —reprochó Jessica—. ¡Engañarnos a nosotros...! Sabes que estamos ahorrando hasta el último centavo. Queremos retirarnos, abuelo. ¿Lo has olvidado?

—Yo llevo más de cincuenta años tratando de retirarme —masculló el anciano—. Y aquí sigo.

Eddie Cassidy arqueó las cejas.

Volvió a posar fugazmente la mirada en el espejo retrovisor para contemplar al anciano.

—¿Qué te ocurre, Arthur?

—Nada. ¡Nada, maldita sea! ¡Sólo que estoy harto! Yo no sirvo para esto. Se me revuelven las tripas cada vez que engaño a un patán como Samuel Scott. ¡Diez mil dólares por un vidrio engaritado en una sortija con baño de oro!

Cassidy sonrió.

El Buick circulaba ya por la Vermont Avenue. En dirección al Logan Circle.

—Ese patán llamado Scott es un usurero. ¿Por qué crees que soltó los diez mil? Su desmesurada codicia no le hizo pensar en más. Ni por un momento imaginó que él, dedicado en exclusiva a explotar al prójimo, podía ser engañado. Olvidas que selecciono a las víctimas, Arthur. Un individuo normal y corriente, aun con los diez mil dólares en el bolsillo, no se hubiera dejado timar.

—Esto no es lo mío —volvió a repetir el anciano—. No tiene aliciente. No hay emoción en ello. Yo soy un profesional, Eddie. Mira mis manos... Estas manos han abierto miles de cajas fuertes.

Han vaciado infinidad de bolsillos... Eso sí tiene un arte. Se requiere habilidad. Destreza. Carencia de nervios. Aplomo...

—Y muchos años menos —intervino Jessica—. Tus manos ya no son las de antes, abuelo.

—¡Sigo siendo el mejor! ¡Mejor que Eddie! Maldita sea... ¡Todo cuanto sabe Eddie lo aprendió de mí! ¡Yo fui su maestro!

Cassidy volvió a sonreír.

—Nadie lo niega, Arthur; pero reconoce que lo de ahora es menos arriesgado que vaciar cajas fuertes. Queremos retirarnos, ¿no es eso? Sin riesgos. Yo selecciono a las víctimas para que nada anormal ocurra. Gary Salkow y su honorabilidad, el ambicioso Scott... Son dos buenos pellizcos en el día de hoy. Sin apenas gastos. Sólo un paquete de harina y una sortija de bisutería fina.

—¡Sigo estando harto, maldita sea!

—*Okay*, Arthur. ¿Qué ocurre? La verdad. Pensabas quedarte con mil dólares. ¿Por qué? ¿Para qué los necesitas?

—Es asunto mío.

—Y nuestro —replicó Cassidy—. Formamos una familia, Arthur. Tus problemas son los nuestros.

El anciano volvió a suspirar ruidosamente.

Hizo una mueca que ensortijó aún más las arrugas de su rostro.

—El problema es de Jeb Swenson. Le encontré casualmente esta mañana. Ignoraba que se había establecido aquí, en Washington. ¿Recuerdas a Jeb Swenson?

—¿«Bocazas» Jeb?

El anciano asintió.

Sonriente.

—El mismo. El bueno de «Bocazas» Jeb. Recuerdo que fue mi primer compañero en el reformatorio de Stallone. Cuando yo apenas contaba catorce años de edad. Luego volvimos a coincidir en el correccional de Jones Fiat y en el de Sydow Hill. Y más tarde en la prisión de Cainesville, Winters, Duval City...

—Al grano, Arthur.

—Encontré a Jeb en estado lamentable. Apenas si me reconoció. Se está quedando ciego. Jeb Swenson, el mejor falsificador de todos los tiempos, se está quedando ciego. Afortunadamente, aún le vive Martha. Ella cuida de Jeb, pero con grandes apuros económicos. Prometí mil dólares a Jeb. Mil dólares que le entregaría esta misma

noche. ¡Maldita sea! Yo debo mucho más a Jeb. Es un amigo. Ciertas cosas que él hizo por mí no se pagarían ni con todo el oro del mundo.

Eddie Cassidy había aproximado el auto al bordillo de la acera. Detuvo el Buick.

Giró en el asiento enfrentando su mirada a la del anciano.

—Debes ser más sincero con nosotros, Arthur. ¿Crees acaso que te iba a negar esos mil dólares para «Bocazas» Jeb?

—Bueno, yo... sé que estamos ahorrando y...

—Mil dólares nada significan. Entrégaselos a Jeb.

Arthur Meredith llevó su sarmentosa diestra al bolsillo interior de la chaqueta. Extrajo un fajo de billetes que tendió a Eddie Cassidy. Éste contabilizó diez mil dólares. Apartó mil dólares guardando el resto en el bolsillo.

—Dale recuerdos al viejo Jeb.

—Gracias, Eddie... Gracias —el anciano, con emocionado rostro, tendió sus brazos hacia Cassidy, abrazándole una y otra vez—. Eres un buen tipo.

—Ya es suficiente, Arthur... ¿Dónde quieres bajarte?

—Aquí mismo —el anciano abrió la portezuela—. Tomaré un taxi. Vosotros seguid hasta el motel. Regresaré tarde. Quiero hablar largamente con Jeb. Recordar los buenos tiempos frente a una botella de *whisky*. Llevaré bombones para Martha. ¡Adiós!

Eddie Cassidy sonrió, contemplando cómo el anciano se alejaba a rápidas y cortas zancadas.

Movió la cabeza de un lado a otro.

—Es como un niño...

—¿Quién? ¿Tú o el abuelo?

—No podía negarle esos mil dólares, Jessica —dijo Cassidy, reanudando la marcha del vehículo—. Máxime destinados a «Bocazas» Jeb.

—Dos mil.

—¿Dos mil?

La muchacha rió en divertida carcajada.

—Debo admitir que el abuelo no pierde facultades. Al menos ha sido capaz de quitarte limpiamente mil dólares. Quitar mil dólares a «Dedos Finos» Eddie es toda una hazaña.

Cassidy detuvo bruscamente el Buick con estridente chirriar de

frenos.

Llevó su mano derecha al bolsillo, examinando nuevamente el fajo de billetes. Había ocho mil dólares.

—El muy...

—Debió mosquearte sus reiterados abrazos —continuó riendo Jessica—. El abuelo jamás fue tan efusivo. Aprovechó para quitarte otros mil.

El Buick rodó de nuevo.

—Tu abuelo es un verdadero artista, Jessica.

—No me extraña que se encuentre incómodo desempeñando estos papeles. Ayer un corredor de Bolsa, hoy un aristócrata conde... Ciertamente no es lo suyo.

—Un momento, Jessica... Lo decidimos juntos, ¿recuerdas? Fijamos una meta y un plazo. Cien mil dólares y tres meses. Llevamos tan sólo una semana. Hemos conseguido alrededor de los treinta mil, pero también con algunos gastos. Son necesarios. Hay que investigar a las posibles víctimas y seleccionar a las más adecuadas. Desplazamientos, manutención, ropa elegante para engatusar... Es más complicado que abrir una caja fuerte, pero el riesgo es mínimo. Y eso fue lo que se acordó. ¿Crees que a mí me gusta? Prefiero enfrentarme a la más difícil de las cajas fuertes. Como dice el abuelo, un trabajo con arte; pero también peligroso. Arthur ha sufrido muchas condenas. Se conoce casi todas las prisiones de los Estados Unidos. Sentencias cortas, pero reiteradas. No soportaría otra, Jessica. De ahí que nos decidiéramos por esto.

—Lo sé, Eddie. Sólo que... También yo me encuentro desfasada. Cassidy sonrió.

—Tú eres una principiante, nena. Y no lo haces del todo mal. Hoy has estado muy bien en tu papel de

«call-girl

» traficante de droga.

La muchacha enrojeció.

—No me hace gracia tu alabanza. Por cierto... ¿y si te hubieras retrasado?

—Te considero capaz de mantener a raya a un individuo como Gary Salkow. Es un pobre diablo. No olvides que los selecciono. No permitiría que acudiera a la cita con un individuo peligroso. Te quiero demasiado. Estabas bien en tu papel de

call-girl

, pero lo superaste en tu dramático rol de dama arruinada vendiendo acciones.

Jessica reclinó la cabeza en el asiento.

Entornó los ojos a la vez que el esbozo de una sonrisa se reflejaba en sus gordezuelos labios.

—Sueño con ese rancho en Texas, Eddie.

—Pronto reuniremos los cien mil, Jessica. Te lo prometo.

—Una vida tranquila —siguió Jessica, ampliando la sonrisa—. Una vida honrada. Trabajando en el rancho. Tú, el abuelo y yo.

—Y una docena de hijos. Los necesitaremos para trabajar en la hacienda.

—Antes nos casaremos, ¿no?

—¡Seguro! —rió Cassidy—. Arthur no nos permitiría vivir bajo el mismo techo sin estar casados.

El Buick ya circulaba por las afueras de Washington.

Por la zona denominada Myers Hill. Allí se emplazaba el Sinton Motel. Cercado de árboles. Un maravilloso lugar sin contaminar.

La entrada al motel estaba iluminada por dos potentes postes de alumbrado. La caseta de recepción quedaba a la izquierda.

El Buick se adentró por el sendero que conducía a las cabañas. Después de trazar un amplio semicírculo, estacionó frente a una de las cabañas.

Eddie Cassidy y Jessica descendieron del vehículo.

Fue la muchacha quien manipuló en el bolso de mano para extraer la llave que introdujo en la puerta de la cabaña.

Accionó el interruptor de la luz.

Reducida antesala, espacioso dormitorio y cuarto de baño. Mobiliario confortable. Con televisor, mueble-bar y pequeña nevera.

—Esperaré aquí el regreso de Arthur —dijo Cassidy, penetrando en la cabaña junto con la muchacha—. Así te haré compañía.

—El abuelo dijo que tardaría. ¿No sería mejor esperar en nuestra cabaña? Yo pienso ver la televisión.

—No lo hagas, Jessica. El programa de hoy es muy malo.

—¿Tienes alguna otra idea mejor?

Se miraron a los ojos.

Eddie Cassidy tomó a la joven por los hombros. La atrajo contra sí, besándola con suavidad en los labios.

Pasaron a la contigua habitación.

Entrelazados.

Allí volvió a besar los labios de Jessica. Deslizó sus manos hacia el cierre delantero del vestido femenino. Y cuando descubría los pujantes senos, sonó el llamador de la puerta.

—Por todos los...

—El recepcionista —rió Jessica—. Otra noche más para convencernos de probar la cena del motel.

—¡Le haré saltar un par de dientes!

Cassidy pasó a la antesala.

Abrió la puerta de la cabaña.

No era el recepcionista.

Un individuo de rostro alargado irrumpió en la cabaña mostrando una credencial.

—¡Policía!

—¡Eh, amigo! —protestó Cassidy—. No voy a...

El hombre se había aproximado a la puerta que comunicaba con el dormitorio. Sonrió al ver a Jessica junto al lecho. La muchacha ya se había despojado del vestido. Los ojos femeninos parpadearon perplejos. Contemplando al intruso.

El individuo giró hacia Cassidy.

—Bonita chica, hermano.

—¿Puedo ver bien su credencial?

—¿Cómo...? Oh, sí... Sargento Silvester, de la Brigada Especial. Eddie Cassidy sonrió.

—Yo tengo otra.

—¿De veras? Enséñamela, hermano.

Cassidy extrajo la credencial unida a la placa.

El individuo bizqueó.

Con incrédulos ojos.

—Teniente Cassidy... Departamento de Narcóticos...

—Correcto —sonrió Cassidy—. Y ahora lárgate. Tienes suerte. Pertenezco a los *boy scouts* y ésta es mi buena acción de hoy. Antes de realizar un trabajo identifica bien a tu posible víctima.

El individuo retrocedió hacia la puerta de la cabaña.

Hizo una seña.

Y entonces penetraron dos policías uniformados. Descendieron de un coche patrulla que hacía girar una luz roja sobre la capota.

El individuo sonrió al ahora estupefacto Cassidy.

—Queda detenido... «teniente».

CAPÍTULO IV

Jason Tompkins, inspector de la Brigada Especial en Washington, rió divertido.

—¡Eh, Lloyd! ¡Espera! Quiero que conozcas a alguien. Se trata de un gran personaje. Un tipo único.

Lloyd Patterson se detuvo junto a la puerta del despacho.

Giró hacia la mesa escritorio donde se situaba Jason Tompkins. Y frente a él, en uno de los sillones de negro cuero, había tomado asiento Eddie Cassidy.

Jason Tompkins se reclinó en el sillón giratorio.

Sin abandonar la sonrisa de su rostro.

Se le adivinaba satisfecho y feliz.

—Aquí tenemos a Eddie Cassidy. Alias «Dedos Finos» Eddie. También conocido por «Manos de Seda». Un tipo muy hábil y astuto.

—Gracias por los cumplidos, inspector —dijo Cassidy, con total indiferencia—; pero creo que se equivoca de hombre. Soy simplemente Eddie Cassidy. Ciudadano norteamericano y fiel cumplidor de la Ley. ¿Puede demostrar lo contrario?

La sonrisa se fue eclipsando paulatinamente en el rostro de Tompkins.

Se inclinó ahora sobre la mesa escritorio.

Endureciendo la mirada.

—Seguro, Eddie, seguro... Voy a conseguir lo que otros no han logrado en años. Hace tres años exactamente. Desde que «Abrelatas» Arthur salió de prisión. ¡Otro buen pájaro «Abrelatas» Arthur! Has tenido un buen maestro, Eddie.

—Arthur Meredith es un anciano respetable. El abuelo de mi prometida, la señorita Jessica Meredith.

—Oh, sí... Un anciano sumamente respetable.

Eddie Cassidy asintió con un movimiento de cabeza.

—Puede que en su juventud cometiera alguna tontería, pero ya ha pagado esa deuda con la sociedad.

—¿En su juventud? —rió Jason Tompkins, en sarcástica carcajada—. ¿Alguna tontería? ¡Eso tiene gracia! Arthur Meredith ya robaba la merienda a sus compañeros del colegio. ¡Y así continuó! ¡Robando!

—No era un colegio, inspector, sino un reformatorio. Y allí no había merienda, sino palizas. Eso es lo que aprendió Arthur Meredith. Malos tratos y miseria.

—Es posible. Tiempos malos aquéllos. Años de depresión. Unos trabajaban honradamente... y otros se dedicaban a robar.

—Arthur no tuvo la suerte de un trabajo honrado. Ya quedó marcado de por vida en el reformatorio.

—¡Ya basta, Eddie! «Abrelatas» Arthur es un sinvergüenza de primer grado. Empezó vaciando bolsillos en el metro neoyorquino y terminó saqueando cajas fuertes. En sus casi ochenta años de edad, se puede decir que conoce todas las prisiones de los Estados Unidos.

—Sentencias cortas. La más larga, de cuatro años. Fue en 1952. Robo en la Meeker Electric —comentó Cassidy, sin alterar su pausada voz—. Abrió la cámara acorazada. Contenía más de cuatro millones de dólares en efectivo. Arthur se llevó cinco mil dólares y los gastó aquella misma noche en The Bowery, la zona mísera de Nueva York. Invitando a cenar a todos los miserables y marginados del barrio.

—Estaba borracho.

—Un borracho jamás lograría abrir la cámara fuerte de la Meeker Electric —sonrió Cassidy, despectivo—. Y no sería la primera vez que Arthur se llevara algunos miles de dólares de cajas fuertes dejando intacto el resto. Puede que precisamente por eso, por su peculiar forma de actuar, haya sido detenido y sentenciado tantas veces.

—Tú eres diferente, ¿verdad, Eddie? Tú jamás dejas huellas. Me consta, según informes de la policía de Nueva York, que empezaste a actuar hace tres años. Desde la última salida de «Abrelatas» Arthur. Robos perfectos. Sin el menor rastro. Como si fueran obra de un fantasma.

—Ninguna huella, ningún rastro... ¿De qué piensa acusarme, inspector?

—Tú *modus operandi*, Eddie. También muy singular. Con cierto parecido al de tu maestro Arthur. Como en el caso del Carisbad Hotel. Un robo en la caja fuerte del hotel. Y sólo desaparecieron las joyas depositadas por un cliente. Las de Robert Freeman, rey del vicio organizado en Las Vegas. También está lo de...

—Oiga, inspector —interrumpió Cassidy—. No puede retenerme sin acusación alguna. Y voy a solicitar la presencia de mi abogado.

—No eres tú el único retenido, Eddie. Tenemos también a Arthur Meredith y a su encantadora nieta Jessica. Alguien nos comentó que «Bocazas» Jeb estaba eufórico. Había tenido un encuentro con su viejo compañero de fatigas «Abrelatas» Arthur. Y éste le había prometido ayuda económica. Hice desplazar a un par de hombres para que detuvieran a Arthur Meredith.

Fue sencillo dar con el motel que os servía de escondite.

—¿Escondite? Firmé el libro de registro con mi nombre, inspector. No me oculto de nada. Nada hay contra mí. Ni tan siquiera soy buscado por la policía de Nueva York.

—Nada hay... por el momento. Es cuestión de esperar. Vuestra presencia en Washington no es motivada por el turismo. ¿Qué haces fuera de Nueva York, Eddie? ¿Se ha quedado pequeño Manhattan? Lo dicho, Eddie... Es cuestión de tiempo. Pronto conoceré lo ocurrido en Washington. De seguro, algún importante robo en una caja fuerte; aunque tampoco eso me preocupa. En último caso te acusaré de suplantación de personalidad. Has estado utilizando la credencial de un funcionario público. La de un teniente del Departamento de Narcóticos.

—Esa credencial me la encontré en la Quinta Avenida.

El inspector asintió.

Sonriente.

—Ciertamente, fue en la Quinta Avenida de Nueva York. Le robaron la billetera. ¡Robar la cartera a un teniente del Departamento de Narcóticos! ¿Qué me dices de la documentación de un tal conde Seymour? La hemos encontrado en poder de Arthur Meredith. Mejor dicho... «Abrelatas» Arthur la introdujo en el bolsillo del agente que fue a detenerle.

—Quiero un abogado. Y lo reclamo igualmente para Arthur Meredith y Jessica Meredith. Nada tiene contra ninguno de nosotros. Usted mismo afirma que esa documentación de un tal

conde Seymour fue encontrada en el bolsillo de un agente de policía. ¿Por qué culpar de ello a Arthur Meredith?

—¡Maldita sea! —vociferó Jason Tompkins, golpeando el puño contra la mesa—. ¡Fue obra de «Abrelatas» Arthur! Quería desembarazarse de esa documentación falsa y la introdujo en el bolsillo del agente. Es capaz de eso y de mucho más. ¡Al igual que tú, «Dedos Finos»!

Lloyd Patterson, que había escuchado la conversación apoyado en la puerta, se aproximó lentamente. Contemplando fijamente a Eddie Cassidy. En especial sus manos.

Sí.

Unas manos de largos y finos dedos. Como las de un pianista. Escrupulosamente cuidadas.

—Sería un tanto a tu favor el confesar, Eddie —aconsejó el inspector—. Has realizado un robo en Washington. Estoy seguro de ello. He establecido con tacto con todas las comisarías. Me informarán de los sucesos del día. Algo encajará en vosotros.

—Quiero un abogado.

—Sí, Eddie, sí... Lo necesitarás.

Se abrió la puerta del despacho. Asomó un individuo de rostro pecoso y caballuno. En mangas, de camisa.

—Inspector...

—¿Sí, Jonathan?

El individuo carraspeó.

—Pues... tenemos problemas con el detenido. Con ese viejo llamado Arthur Meredith. Se ha encerrado en la habitación.

El inspector Tompkins parpadeó.

—¿Cómo que se ha encerrado?

—Estaba siendo interrogado por el sargento Glover. El sargento salió un momento y, al volver, se encontró con la puerta cerrada. El tal Arthur Meredith le había quitado la llave del bolsillo. Y se ha encerrado en la habitación. No quiere abrir la puerta.

—¡Maldita sea su estampa! —gritó Jason Tompkins, incorporándose del sillón giratorio—. ¡Derribad la puerta! ¡Yo mismo lo haré!

El inspector abandonó el despacho precipitadamente.

Lloyd Patterson ocupó su lugar.

Tras la mesa escritorio.

Era un individuo de rostro anguloso. De cabello ya gris en los aladares. Frisando en los cincuenta años de edad. Vestía con discreta elegancia. Sus ojos de inquisitiva mirada continuaban fijos en las manos de Cassidy.

—Hábil el abuelo, ¿eh, Cassidy?

—Sin duda encontró la llave sobre la mesa y se encerró.

Patterson sonrió.

—Apuesto a que tú eres incluso más habilidoso que Arthur Meredith. Eres más joven. De pulso firme. Sin nervios. Conozco la caja fuerte del Carisbad Hotel. Pernocté una vez allí y deposité unos papeles en la caja de seguridad. Una cámara acorazada perfecta. Un buen trabajo, Cassidy. ¿Por qué no saqueaste todas? ¿Por qué te conformaste sólo con vaciar la del bastardo de Freeman?

—No sé de qué me habla, amigo.

Retornó el inspector Tompkins.

Muy sonriente.

—Bien, Eddie... La espera ha terminado. Y reconozco mi sorpresa. No hay robo. No hay caja fuerte vacía.

—¿Puedo irme ya?

—¿Irte? Muy gracioso. ¿Olvidas el robo de la credencial? Y tengo algo más, muchacho. Ciertamente, estoy sorprendido. Desconocía esa nueva faceta en ti y en «Abrelatas» Arthur. Estafar al prójimo. Se ha presentado una denuncia en una comisaría del Distrito Catorce. A un tipo le han vendido un vidrio por diez mil dólares. La descripción dada de los timadores coincide con la vuestra. Con la tuya y con la de «Abrelatas» Arthur. El fulano viene ya hacia aquí, Eddie. ¿Quieres confesar ya o seguimos esperando?

Eddie Cassidy no respondió.

Se dedicó a maldecir mentalmente a Samuel Scott.

Llevaba ya cerca de ocho horas retenido en las dependencias de la Brigada Especial. Había sido identificado formalmente por Samuel Scott. Y éste, formulado la correspondiente denuncia.

Eddie Cassidy estaba solo en la reducida estancia.

Una habitación con mobiliario limitado a una mesa y tres sillas. Del techo pendía una lámpara de mortecina luz.

Y Cassidy paseaba como león enjaulado.

Llevaba allí, en solitario, más de dos horas.

El deslizar el pasador de la cerradura hizo que Eddie Cassidy

acudiera a sentarse adoptando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

Arqueó las cejas.

No era el inspector Tompkins, sino el llamado Lloyd Patterson. El individuo presente en el interrogatorio.

—Buenos días, Eddie. Fea noche has pasado, ¿eh?

—Las he vivido peores.

Lloyd Patterson sonrió.

Tomó asiento tras la mesa escritorio.

—¿Un cigarrillo, Eddie?

Cassidy sí aceptó.

Casi precipitándose hacia la cajetilla de tabaco ofrecida por el individuo. Tomó también el encendedor. Succionó ávidamente el emboquillado.

—¿Puede facilitarme algún dato de Jessie Meredith? —inquirió Cassidy, exhalando una bocanada de azulado humo—. Ella no está involucrada.

La sonrisa se mantuvo en el rostro de Patterson.

Contemplando fijamente a Cassidy. Sin ocultar un leve destello de admiración en la mirada.

—Cierto, Eddie. Samuel Scott no mencionó a ninguna mujer. Fue timado por dos individuos. Sin embargo...

—Siga.

—El inspector se ha tomado muy en serio el caso, Eddie. Está eufórico. Ha cazado al escurridizo «Dedos Finos» Eddie. Ya está recibiendo felicitaciones de sus colegas de Nueva York. Y es en Nueva York donde se trabaja al máximo recopilando datos de robos supuestamente cometidos por «Dedos Finos» Eddie.

—Calumnias.

—El inspector está investigando en ciertos papeles relacionados con la Bolsa. Papeles encontrados en el equipaje de Jessica Meredith.

Eddie Cassidy guardó silencio.

Pensando en el individuo timado con las falsas acciones de Bolsa. Ahí sí actuaron los tres. Jessica, el abuelo y él.

—¿Sabe quién soy, Eddie?

Cassidy parpadeó.

Rompiendo el hilo de sus pensamientos dirigió una burlona

mirada al individuo.

—Apesta a policía.

Lloyd Patterson llevó su zurda al bolsillo interior de la chaqueta. Extrajo una billetera de negra piel. Al abrirla, quedó visible la placa. Unida a una credencial.

Una mueca de estupor se reflejó en Cassidy.

—Central Intelligence Agency... La CIA... ¿Trabaja para la CIA?

—Correcto, Eddie. Soy un alto funcionario de la Central Intelligence Agency.

Eddie Cassidy comenzó a reír. Primero con suavidad, para terminar en una sonora carcajada.

—¿Qué ocurre, Eddie? ¿Lo encuentras divertido?

—Mucho. Estaba como acoplejado, ¿sabe? Avergonzado, más bien. Acusado de ladrón, estafador, farsante... El conocer que trabaja para la CIA levanta mi moral. No soy el único villano. Hay quién se dedica a un oficio peor.

—¿No te simpatiza la CIA?

Eddie Cassidy agrandó los ojos.

Simulando estupor.

—¿Simpatizar? ¡Por favor, Patterson! Todo buen norteamericano está orgulloso de la Central Intelligence Agency. ¡Y no sólo el pueblo norteamericano! Los chilenos salvados del «tirano dominio» de Allende, el pueblo cubano que recibe las clandestinas «ayudas» USA, los salvadoreños, los guatemaltecos... ¿Toda Latinoamérica recibe con indescriptible júbilo las actuaciones de la CIA?

Lloyd Patterson ahogó un suspiro. Acto seguido chasqueó la lengua, moviendo de un lado a otro la cabeza.

—He captado tu ironía, Eddie. Y lo lamento. Te creía un tipo inteligente. Estaba equivocado. Lástima de tiempo perdido investigando en tu pasado.

—¿En mi pasado?

—Sí, Eddie. He sido informado detalladamente sobre tu persona. Desde que tomaste la primera papilla. Tu madre te entregó al orfanato de Reading. Te abandonó más bien. Deambulaste por instituciones benéficas hasta cumplir los diecisiete años de edad. Desempeñaste diversos oficios, ingresaste en el Ejército... Una vez licenciado, es cuando entras en contacto con el bajo mundo. En la imprenta de un tal Bob Logan, en el Bronx neoyorquino. Y es allí

donde también conoces a Jessica Meredith. Con ella marchas a Texas. A visitar a Arthur Meredith, recluido en la prisión de Mooresville. Es el inicio de una amistad... y una profesión. Es cuando nace «Dedos Finos» Eddie.

—Muy mal informado, Patterson.

—Es a grandes rasgos, Eddie. Puedo detallarte mucho más, pero tú ya conoces tu propia historia.

—A mi salida del Ejército traté de conseguir un trabajo honrado, Patterson. Tenía estudios y conocimientos. En esas instituciones benéficas que menciona recibí buenas enseñanzas. Un poco de todo: encuadernación, mecánica, electricidad, trabajos agrícolas... No estaba nada mal, pero había un inconveniente. No era admitido precisamente por proceder de esas instituciones benéficas. Se deduce que de allí sólo salen delincuentes e indeseables. Mi único delito era haber nacido sin padre conocido y abandonado por mi madre. Fui rechazado una y otra vez. Máxime en un mundo en crisis. No hay trabajo para todos. Menos para un individuo procedente de orfelinato y centros estatales. Ése... bajo mundo, es mejor que el de la Quinta Avenida. Y en la imprenta del viejo Logan encontré algo más que trabajo, pero eso usted no puede entenderlo. Ni tampoco el nacimiento de «Dedos Finos» Eddie.

—Tal vez sí lo haya comprendido, muchacho. De ahí que me decida a confiar en ti.

—¿Confiar en mí? ¿Qué quiere decir?

En el rostro de Lloyd Patterson volvió a dibujarse una sonrisa.

—Quiero que trabajes para la CIA, Eddie.

CAPÍTULO V

Eddie Cassidy encendió un cigarrillo.

Pausadamente.

—¿Ningún comentario, Eddie?

—¿Comentario? —sonrió Cassidy, exhalando una bocanada—. Se trata de una broma, ¿no?

—En absoluto. Necesito de tus servicios, Eddie. Sospecho que un ángel ha hecho que hoy se me ocurriera visitar a Jason Tompkins. Y que estuviera presente en el interrogatorio a «Dedos Finos» Eddie.

—Un ángel... Sólo faltaría eso. Los ángeles colaborando para la CIA.

—Vuelvo a repetir que no es una broma, Eddie. Necesito a un hombre como tú.

Cassidy empuñó los ojos.

Fijándolos en el rostro de Lloyd Patterson. Las ensombrecidas facciones del hombre de la CIA no daban lugar a la ironía.

—Oiga, Patterson... La CIA es todopoderosa. Capaz de derribar gobiernos y proclamar reyes. Incluso malas lenguas aseguran capaz de asesinar a su mismísimo presidente. Cuenta con cerca de diez mil agentes. Menciono únicamente a los denominados «burócratas». A los del cuartel general de Langley. Resultaría ridículo contabilizar a los «negros» que pululan por las diferentes partes del planeta, todos a las órdenes de la omnipotente Central Intelligence Agency.

—Correcto, muchacho. Estás bien informado. No hay cifra exacta para determinar a los hombres y mujeres que colaboran para la Empresa. Así se conoce también a la CIA. ¿Por qué no puedes ser tú uno más? Uno más de los «negros». Agentes en la sombra. Agentes ocasionales. Para misiones... especiales.

—También en las filas de la CIA hay hombres capaces de abrir una caja fuerte. ¿Es eso lo que busca?

—En parte. Cajas fuertes, un maletín, billeteras, bolsillos... Un

hombre de dedos extraordinariamente finos. Y ése eres tú.

Cassidy volvió a entornar los ojos.

Su rostro quedó fugazmente velado por una cortina de azulado humo.

—No le creo una sola palabra, Patterson. ¿Qué quiere? ¿Que confiese que soy «Dedos Finos» Eddie, autor de robos, estafas y similares?

Lloyd Patterson hizo una mueca.

—Soy un hombre de la Central Intelligence Agency, Eddie. ¿Iba a estar perdiendo el tiempo por conseguir la confesión de un ladrón? Eso queda para el inspector Tompkins y sus hombres. Y ya te tienen bien atrapado, muchacho. Estafa en la venta de acciones de Bolsa, la denuncia de Samuel Scott, robo de credencial y utilización indebida... Tirando del ovillo sacarán más cosas a relucir. Ya no es problema hacerte confesar, Eddie. Tienen, además, a Arthur Meredith y a su nieta. El inspector cuenta con un buen equipo. Profesionales. Resultará sencillo sonsacar a una muchacha y a un anciano.

Cassidy guardó silencio.

Sin argumentos para rebatir al individuo.

Terminó por esbozar una sonrisa.

—Disculpe mi vanidad, Patterson. Me he supervalorado. Un alto funcionario de la CIA no puede perder el tiempo con un vulgar ladrón.

—¿Vulgar? Nada de eso, Eddie. Eres «Dedos Finos».

—¿Y si no lo fuera?

—Entonces dejarías de interesarme. Y no habría trato. ¿Quieres conocerlo? Estoy dispuesto a sacarte de este embrollo, Eddie. Tu libertad, a cambio de colaborar para la CIA.

—¿Libertad para «Dedos Finos» Eddie?

—Absoluta. Serías un hombre nuevo, muchacho. Borrado todo tu delictivo pasado.

Cassidy sonrió.

Cínico.

—¿Sabe una cosa, Patterson? Sospecho que mi delictivo pasado es menos vergonzoso que el suyo, como hombre de la Central Intelligence Agency.

—Es posible —respondió Lloyd Patterson, correspondiendo a la

sonrisa—. Cuestión de pareceres. ¿Y bien, Eddie? ¿Qué decides?

—Antes necesito saber en qué consiste mi colaboración para la CIA. Soy un hombre de escrúpulos.

La sonrisa desapareció del rostro de Patterson. Apretó con fuerza las mandíbulas. Ensombreciendo las facciones. También en sus ojos se acusó una dura mirada.

—Juzgas muy a la ligera, Eddie. Y no eres precisamente el más indicado para ello. Tampoco tu situación es la apropiada para imponer condiciones. Limitate a aceptar y dar gracias de tu buena estrella.

—Puede que no sea el ciudadano ideal, Patterson. Imposible serlo en una jungla de asfalto habitada por fieras. Hay que sobrevivir. No soy el ciudadano ideal, pero tampoco un idiota. La CIA me necesita. Sorprendente, pero así parece ser. La CIA jamás ha sido generosa. Todo lo contrario. Si ofrece cinco espera obtener cien. Y no siempre son trabajos limpios.

—La Central Intelligence Agency está al servicio de los Estados Unidos.

—Quiero conocer la misión antes de aceptarla.

El esbozo de una sonrisa retornó al rostro de Lloyd Patterson.

Una sonrisa enigmática.

—*Okay...* Pensándolo bien, no hay inconveniente en ello. Aceptarás. Y si no lo haces... pasarás el resto de tus días en prisión. En una celda especial. Sin posibilidad de comentar con nadie cuánto hemos hablado.

—¿El resto de mis días? Por timar unos miles de dólares dudo que reciba una sentencia muy dura.

—Dices que la CIA no siempre juega limpio. Yo puedo hacer que te pudras en prisión, Eddie. Y nadie se molestaría en preguntar qué fue de «Dedos Finos» Eddie. Yo me encargaría de ello.

Los dos enfrentaron sus miradas.

Y Eddie Cassidy comprendió que el individuo de la CIA no estaba bromeando.

—De acuerdo, Patterson. Acepto esa...

—Un momento —interrumpió Lloyd Patterson—. No quiero forzarte. Puede que no me haya explicado del todo bien. Te necesito. Se me ocurrió al conocer tu historial. Es una posibilidad más, pero tampoco me resultas imprescindible. Si aceptas,

conocerás la misión a realizar. Si ahora te niegas, nada ocurrirá. No hablaremos más y solucionado. No habrá ningún tipo de represalia. Yo desapareceré y tú volverás junto al inspector Tompkins. La Ley seguirá su curso. Tal vez recibas una sentencia leve. Al igual que Arthur Meredith y su nieta.

—Acepto la misión.

—¿Lo has pensado bien, Eddie?

—Seguro. Jamás he sido fichado por la policía —sonrió Cassidy—. No quiero serlo ahora. Y menos bajo la acusación de vulgar estafa. Sería una mancha en el brillante historial de «Dedos Finos».

Lloyd Patterson sonrió más abiertamente.

—Eres un buen tipo. No me he equivocado contigo. Apuesto que lo haces por «Abrelatas» Arthur. Te consta que Arthur no resistiría un mes de prisión. Bien... Vas a conocer la misión. Una misión importante.

—Tengo que robar el clásico microfilm de una caja fuerte.

—No, Eddie. Es algo más grave —la voz de Patterson se tomó ronca—. Está en juego la vida de millones de seres humanos.

Lloyd Patterson hizo una larga pausa.

Como si quisiera poner en orden sus pensamientos.

Comenzó a hablar pausadamente.

—Todo empezó en Wylsburg, un pequeño pueblo alemán cercano a Dusseldorf. En él residía el profesor Jurgen Hankammer. Un científico dedicado a la bioquímica. Ayudado por su hija Evelyn. El profesor Hankammer descubrió un virus letal. Un producto que puede solidificarse, convertirse en líquido o transformarse en gas. Su capacidad mortífera es aterradora. Alucinante. Una sola ampolla arrojada sobre la ciudad de Nueva York aniquilaría a todos sus habitantes. Un arma bacteriológica de extraordinario poder de expansión. Actúa en contacto con la atmósfera o por simple contacto. Penetra en todas partes. Y se propaga como la más espeluznante plaga apocalíptica. Sus efectos son monstruosos. Escalofríos. Como atacados por virulenta lepra. El hombre queda convertido en un despojo de carne deforme. En un momento. Es una muerte rápida. Cuestión de segundos... pero unos segundos aterradores. El cuerpo se desmenuza como si fuera gelatina. Algo... algo infrahumano.

Eddie Cassidy no hizo comentario alguno.

Impresionado por las palabras de Patterson. La voz del hombre de la CIA acusaba ahora un imperceptible temblor.

—El profesor Hankammer quedó horrorizado de su descubrimiento. Después de experimentarlo con animales, decidió destruirlo y desembarazarse de los estudios llevados a cabo para la elaboración del siniestro producto. No era fácil esa destrucción. Cuando trabajaba en ella, el profesor desapareció. Sin dejar rastro. Desapareció el profesor... y las muestras del LMS. Así había bautizado a su descubrimiento.

—¿También desapareció la hija del profesor?

—No. Fue precisamente Evelyn Hankammer quien denunció el hecho. La desaparición de su padre y la existencia de ese devastador LMS. El servicio de inteligencia alemán actuó de inmediato, pero sin resultado positivo. Ni rastro de Jurgen Hankammer y, lo que es peor, de las muestras del LMS. Estas muestras, junto con un detallado *dossier* para su elaboración, fueron depositadas por el profesor Hankammer en una caja negra. Metálica. Del tamaño de un portafolios. La caja contiene cinco ampollas del LMS. Cada ampolla mantiene en su interior cápsulas de cristal del tamaño de un garbanzo con la sustancia letal. Uno de esos... garbanzos diezmaría Manhattan en cuestión de minutos.

Eddie Cassidy tragó saliva con dificultad.

Escalofriado.

—Es... es imposible creer que...

—Evelyn Hankammer ha presenciado los experimentos llevados a cabo por su padre. Ha trabajado en la elaboración del LMS. Conoce los efectos. Es cierta esa atroz capacidad destructora del LMS.

—¿Por qué trabajaban en ello? ¿Para quién?

El profesor Hankammer es un pacifista. Hace años se desplazó a los Estados Unidos para felicitar personalmente al entonces presidente Nixon por su determinación de destruir el arsenal de armas bacteriológicas de Pine Bluff. Fue en el año 1969. El profesor Hankammer presenció el proceso de destrucción de aquellos virus. El «*Fracisella tularensis*» originario de la tularemia; «*Bacillus anthracis*» productor del antrax letal; el «*Coviella burnetii*» capaz de provocar la fiebre x... Infinidad de virus que ocasionarían la destrucción total del género humano. Se utilizaron millones de

dólares en esa destrucción. Sólo se conservaron pequeñas cantidades para investigación y tratar de conseguir los antídotos. Jurgen Hankammer colaboró con los científicos de Pine Bluff. Actualmente, y por desgracia, se vuelve a hablar de las armas bacteriológicas. Se están fabricando. Diferentes países lo hacen. «Top secret»... pero se sabe. Los rusos las fabrican... y también nosotros.

—Maravilloso.

—Hace un año —siguió Lloyd Patterson, haciendo caso omiso al comentario de Cassidy—, en el III Congreso Internacional de la Paz, el profesor Hankammer arengó a las grandes potencias para que cesaran en la fabricación de virus y armas bacteriológicas.

—Y es precisamente él quien descubre la más terrorífica.

—Últimamente, en Estados Unidos, en Europa, en diferentes partes... una misteriosa enfermedad ataca al hombre. Ignoramos de qué se trata. Es una enfermedad desconocida. Un extraño virus que quita las defensas del organismo humano. Convierte al hombre en un pelele fácil de ser atacado por cualquier enfermedad.

—Sí, algo he oído de eso... Casos aislados.

—Cierto. No resulta alarmante, pero sí produce inquietud al enfrentarse a algo desconocido. El profesor Hankammer investigaba en ello. Casualmente puede que llegara al descubrimiento del alucinante LMS.

—¿Y cuál va a ser mi misión?

Lloyd Patterson volvió a permitirse una larga pausa.

Como si sopesara las palabras antes de decidirse por hablar.

—Como he dicho, el servicio de inteligencia alemán no consiguió localizar al profesor ni la caja negra conteniendo el LMS; pero recientemente, se han puesto en contacto con nosotros. Con la CIA.

—¿Quién?

—Ellos. Los que tienen en su poder el LMS. Y lo han puesto a la venta. Ofreciéndolo en una especie de subasta. A la CIA, al KGB, al Intelligence Service británico, al Deuxième Bureau francés... Cada organismo de inteligencia deberá hacer su oferta. Cantidad y condiciones. La más ventajosa será quien consiga el LMS.

Eddie Cassidy carraspeó.

Incrédulo.

—¿Y aceptan eso? ¿Piensan seguirles el juego?

—No podemos hacer otra cosa, muchacho. El LMS está en manos de unos locos. Un grupo que se autodenomina «Cóndor». Un grupo del que jamás se había tenido noticia hasta ahora. Se ha puesto en contacto con los servicios de inteligencia de las grandes potencias. Si no acudimos a la cita con nuestras ofertas, «Cóndor» se entrevistará entonces con organizaciones terroristas. ¡Éstas sí estarían interesadas en el LMS! Y no quiero imaginar lo que ocurriría con el LMS en poder de una organización terrorista.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Ir a Londres. A la cita.

—¿Como enviado de la CIA?

—No, Eddie. Ya tenemos allí a nuestro agente. Tú acudirás para apoderarte del LMS. Ignoramos si «Cóndor» piensa jugar limpio. Puede incluso que otra potencia consiga el LMS. Los rusos, por ejemplo. Y eso tenemos que impedirlo. No podemos permitir semejante arma bacteriológica en poder de la URSS... ni de ninguna otra potencia extranjera.

—En manos del bueno del tío Sam.

—No utilizaremos el LMS con fines bélicos, Eddie. Continuamos contrarios al empleo de armas bacteriológicas. Estamos en plena crisis mundial. Conflictos por doquier. Problemas muy graves. Te supongo al corriente de todos ellos. De un momento a otro puede estallar el gran barril de pólvora. Y no queremos el LMS en posibles manos enemigas.

Cassidy sonrió.

Duramente.

—Sí, estoy al corriente... Los gobiernos del mundo lo están haciendo muy mal, pero yo no me preocuparía por el LMS. He leído un informe publicado en una revista muy poco sensacionalista. Se asegura que los artefactos nucleares acumulados por las grandes potencias, en caso de conflicto nuclear, no dejarían títere con cabeza. Cada habitante de la Tierra le tocaría aproximadamente el equivalente a diez toneladas de dinamita. Se podría aniquilar, por lo menos, unas veinte veces a todo descendiente de Adán y Eva.

—Queremos el LMS, Eddie. Me han designado para el trabajo y he movido todos los resortes. Ayer, al conocerte, se me ocurrió el contratarte. Serás uno más en mis planes. Un peón más para

recuperar el LMS. Puede que el mejor.

—Muy amable, Patterson.

—Un peón especial —sonrió el hombre de la CIA—. Nadie puede imaginar a un ladrón de dedos finos actuando para la Central Intelligence Agency. La cita es en el Phrigia Hotel de Londres. Uno de los mejores hoteles de la ciudad. Con más de trescientas habitaciones y una capacidad superior a las quinientas plazas. Ahí nos ha citado «Cóndor». A nosotros y a los demás participantes en la... subasta.

—¿Y qué puedo hacer yo? ¿Ir registrando habitación por habitación hasta dar con la caja negra?

—Nuestros agentes en Londres limitarán el número de sospechosos. Ya están trabajando en ello e identificando a los otros competidores. Mañana es el gran día. Mañana, «Cóndor» empezará a realizar los contactos.

—Dudo que...

—Tu avión sale dentro de cuatro horas, Eddie. Voy a reservarte plaza en él.

—¡Eh, un momento! —exclamó Cassidy—. No puedo ir solo.

Lloyd Patterson arrugó la frente.

—¿Qué quieres decir?

—«Abrelatas» Arthur y Jessica. Deben acompañarme.

—Ellos quedan fuera del juego. Tranquilo, muchacho. Su libertad sí entra en nuestro pacto.

—Ellos vienen conmigo o no me muevo de aquí. Oiga, Patterson... Arthur me puede ser de mucha ayuda. Es un artista. También Jessica. Los tres hemos realizado juntos los mejores trabajos. Tenemos imaginación. Incluso no despertaríamos sospechas. Una pareja y un anciano...

El hombre de la CIA dudó.

Una fracción de segundo.

Lentamente movió la cabeza.

—Sí, puede que resulte...

—¡Seguro!

—Una sola condición, Eddie. Ellos no deben conocer el contenido de la caja negra. Lo del LMS es «top secret». Puedes decirles que se trata de unos documentos importantes, un microfilm o cualquier otra cosa. Por muy hábil que siga «Abrelatas» Arthur,

dudo que no le temblara el pulso de conocer el verdadero contenido de la caja negra.

Eddie Cassidy asintió.

Su voz sonó algo ronca.

—No le culparía de ello. Yo mismo, sólo de pensar en los efectos del LMS, siento flaquear las rodillas.

—Procura que no te tiemblen tus... dedos finos, Eddie.

CAPÍTULO VI

El avión maniobró para tomar tierra en el aeropuerto internacional de Heathrow.

Arthur Meredith desvió la mirada de la ventanilla.

Sacudió la cabeza.

—Aún me resisto a creerlo... ¡Estamos en Inglaterra! ¡Y pensar que hacía planes para pasar una temporada más en la cárcel!

—No grites tanto, Arthur —sonrió Eddie Cassidy—. Recuerda que viajamos en clase «President Special». Ahora somos gente importante. Ni mencionar la cárcel.

Los carnosos labios de Jessica también esbozaron una sonrisa.

—Comparto los sentimientos del abuelo. También a mí me parece estar soñando, Eddie. Es... es increíble... La Central Intelligence Agency contratando a tres... a... tres...

—Ciudadanos norteamericanos, Jessica —concluyó Cassidy—. Tres inspectores del Fisco. Nosotros nos encargamos de cobrar los impuestos que son evadidos por individuos sin escrúpulos. Así lo entendió Lloyd Patterson. Sabe que no somos vulgares ladrones. No es robo atacar al rey del vicio, a usureros, a explotadores... Patterson sabe que somos gente honrada.

—¡Seguro! —rió Arthur Meredith.

—Yo... yo estoy aturdida, Eddie...

—Aún te dura el susto —dijo el anciano—. No es agradable ser detenido e interrogado por la policía. Máxime cuando es la primera vez. Luego te acostumbras, pero la primera vez...

—No habrá una segunda vez —aseguró Eddie Cassidy—. Lloyd Patterson nos ha ofrecido una magnífica oportunidad de borrar todos nuestros anteriores pasos. La aprovecharemos.

Arthur Meredith respingó.

—¿Quieres decir? ¿Vamos a retirarnos, Eddie? ¿Sin haber conseguido los cien mil dólares marcados?

—Sí, abuelo. Tenemos cerca de los treinta mil. En la Brigada Especial no me arrebataron el dinero merced a la intervención de Patterson. Y ahora viajamos con un buen fajo de libras esterlinas. Todo pagado por la CIA. Puede incluso que aún consigamos ahorrar algo de esas libras. Nos retiramos. Lo ocurrido puede ser una señal de alarma. No quiero volver a ver a Jessica interrogada por la policía. Tenemos dinero para un buen comienzo en esa soñada granja de Texas. Poco importa que sea más pequeña de lo pensado o empeñarse desde el primer momento. Trabajaremos duro, ¿de acuerdo?

Ya no hubo ocasión para prolongar la conversación.

El avión había tomado tierra y los pasajeros ya circulaban por el pasillo con las bolsas de mano.

Eddie Cassidy, Jessica y el anciano se unieron a ellos abandonando el aparato.

Una fría brisa les envolvió.

La magnífica iluminación del aeropuerto rompía la oscuridad de la noche.

Los trámites aduaneros fueron reducidos. Viajaban sin apenas equipaje. Todo había sido demasiado precipitado. El desfase horario con Washington, y las casi siete horas de vuelo, les hizo llegar a Heathrow ya en la medianoche.

Eddie Cassidy se aproximó a uno de los mostradores de «rent-a-car».

A los pocos minutos retomó haciendo bailar en su zurda un juego de llaves.

—Hay que reconocerlo, amigos... La CIA sabe hacer bien las cosas. Ya está aquí el auto a mi nombre. Un Rover 3500. Me he informado del emplazamiento del Phrigia Hotel. En Somers Town. Cerca de los St. Paneras Gardens. Tengo ya una ligera orientación.

Se encaminaron hacia una de las zonas del *parking*.

Minutos más tarde, el Rover conducido por Eddie Cassidy enfilaba por la autopista en dirección a Londres. Alrededor de veintidós kilómetros separaban Heathrow de la ciudad.

Arthur Meredith comenzó a reír cascadamente.

—Me gusta viajar, infiernos... En mi juventud saltaba de un lugar a otro. Ohio, Indiana, Illinois, Kansas, Texas... pero no he llegado a conocer todas las ciudades que hubiera deseado.

—Al menos sí has conocido las más importantes prisiones de los Estados Unidos.

—No te burles, Eddie. Estoy contento. Es ahora, a mis años, cuando abandono por primera vez el país y viajo al extranjero. ¡A Londres!

—Y en una misión para la Central Intelligence Agency —murmuró Jessica—. Me resulta sorprendente que no haya agentes de la CIA capacitados para abrir cajas fuertes. El recurrir a nosotros es...

—Por supuesto que la CIA cuenta con agentes especializados en eso —interrumpió Cassidy—: pero no todos con habilidad para vaciar bolsillos, abrir puertas o hurgar en un maletín. Nosotros tenemos que encontrar una caja negra. Del tamaño de un portafolios. Nadie nos relacionará con la CIA. Ésa es otra ventaja a nuestro favor. De ahí que Lloyd Patterson nos haya seleccionado. Esa caja negra es muy importante. No seremos los únicos en buscarla.

—¡Ésa es otra! —volvió a reír Arthur Meredith—. Vamos a codearnos con espías rusos, alemanes, ingleses, franceses...

—Sin contar a los propios hombres de la Central Intelligence Agency —añadió Cassidy—. Ya os he dicho que esa... caja negra va a ser subastada. Ignoro los otros planes de Patterson, pero es de suponer que la CIA sea una de las organizaciones que más ofrezcan.

—Eddie...

—¿Sí, Jessica?

—Yo no entiendo mucho de todo esto, pero deduzco que esa caja negra conteniendo documentos secretos no está en poder de un servicio de inteligencia. La oferta es al mejor postor, ¿no es verdad? Sin importar la potencia que se lleve la caja negra.

—En efecto, Jessica. Está en manos de un grupo denominado «Cóndor». Un grupo sin ideología alguna. Sólo con el deseo de conseguir una mayor cantidad por la caja. Si la CIA consigue ganar la subasta, todo solucionado. Si es otra potencia extranjera, cualquiera que sea, hay que rescatar la caja negra.

La proximidad de Londres hizo desviar el curso de la conversación.

Jessica comenzó a hablar entusiasmada del Palacio de Buckingham, de la Tower Hill, de Trafalgar Square...

La ciudad se ofrecía como una gigantesca luciérnaga de multicolores luces. Anuncios de neón proliferaban por las calles. Lo avanzado de la hora contribuía a un tráfico rápido.

El auto fue bordeando el Regents Park paralelamente a Marylebone Road. Y luego subió hasta Somers Town. Allí, a poca distancia de los St. Paneras Gardens, se emplazaba el Phrigia Hotel. En el 181 de Selby Street.

Un uniformado empleado del hotel acudió a abrir la portezuela del Rover y hacerse cargo del reducido equipaje de los pasajeros.

Eddie Cassidy entregó las llaves para que el vehículo fuera estacionado en el *parking* privado del hotel.

Penetraron en el edificio.

El Phrigia Hotel, aunque de moderna construcción, mantenía una decoración marcadamente señorial. Nostálgica. Con profusión de cuadros, espejos, porcelanas y suntuosas alfombras.

Acudieron al semicircular mostrador de recepción atendido por dos empleados muy ceremoniosos.

—Soy Eddie Cassidy. Tengo habitaciones reservadas.

Uno de los individuos consultó una lista. Asintió a la vez que su rostro reflejaba una untuosa sonrisa.

—En efecto, señor Cassidy. Habitaciones 413 y 414. Bienvenidos.

Eddie Cassidy firmó en el libro de registro.

Minutos más tarde salían de uno de los elevadores. En la cuarta planta del edificio. Guiados por un botones.

Cassidy le despidió con un billete de cinco libras.

—¡Oh, Eddie! ¡Esto es maravilloso! —exclamó Jessica danzando por la espaciosa habitación—. ¡Me parece estar viviendo un fantástico sueño!

Cassidy no respondió.

Estaba pensando en el LMS.

Y aquello no tenía nada de maravilloso.

—¿Cuál es nuestra habitación, Eddie? —inquirió Arthur Meredith—. Estoy hecho polvo. Toda una noche sin pegar ojo en la Brigada Especial de Washington y luego la paliza del avión.

—También yo estoy algo cansada... Como dice el abuelo, demasiadas emociones en poco tiempo. No lo pasé bien en la Brigada Especial.

El anciano profirió una maldición.

—Todo por culpa de «Bocazas» Jeb. El día que le...

—Ésta es nuestra habitación, Arthur —dijo Cassidy, abriendo la puerta que comunicaba con la estancia contigua—. ¡A dormir! Mañana hay que estar en plena forma.

—Buenas noches, hija...

—Hasta mañana, abuelo.

Eddie Cassidy se aproximó a la muchacha. Después de besar fugazmente los labios femeninos dirigió sus pasos tras los de Arthur Meredith.

Cerró la puerta de comunicación.

La habitación era igualmente espaciosa. Muy similares. Ambas exteriores. El dormitorio de Jessica de una sola cama. El ocupado por Cassidy y Meredith de dos camas gemelas a juego con el mobiliario restante.

Arthur Meredith ya había descubierto el mueble-bar.

—¡Condenación...! ¡Aquí hay de todo muchacho!

¿Qué te sirvo?

—Acuéstate pronto, abuelo.

—¡Eh! ¿Dónde vas?

Cassidy se había aproximado a la puerta de salida.

Giró sonriente.

—Voy a echar un vistazo por ahí. Debo ambientarme por el Phrigia Hotel. Cuando regrese quiero verte dormido.

Eddie Cassidy abandonó la habitación.

Cerró la puerta introduciendo la llave en uno de los bolsillos de la chaqueta. Avanzó por el alfombrado pasillo hacia el emplazamiento de los elevadores.

Poco más tarde penetraba en el salón social de la planta baja. Contiguo al *hall* de recepción. Un salón de artísticas columnas. Algunas de las mesas, separadas por discretos biombos.

Cassidy acudió al mostrador.

Solicitó un zumo de naranja con vodka.

Mientras le era servido el combinado, encendió un cigarrillo trazando una mirada por el salón.

Muy poco concurrido.

En una de las mesas aisladas por biombos conversaban tres individuos. En otra mesa una pareja de edad ya avanzada. Y en una

tercera un individuo de rostro enjuto y pobladas cejas.

Eddie Cassidy fijó la mirada en el solitario individuo.

Aquél podía ser su enlace.

El hombre de la CIA.

Lloyd Patterson le dijo que alguien se pondría en contacto con él para informarle de la marcha de los acontecimientos.

Entraron dos individuos más en el salón social acomodándose en una de las mesas.

Cassidy bebió del combinado.

Sin que nadie hubiera intentado aproximarse a él. Ni tan siquiera telefónicamente. Ninguna forma de contacto.

—¿Aburrido?

Eddie Cassidyladeó la cabeza hacia su izquierda.

No se había percatado de la llegada de la mujer que había ocupado el taburete contigo.

Una mujer joven. De unos veinticinco años de edad. De atractivo rostro, aunque maquillado en exceso. Lucía un provocador minivestido de punto. Muy ceñido. Los senos, presionados bajo la tela, marcaban el saliente pezón delatando la ausencia de sujetador. La corta falda permitía admirar los muslos enfundados en medias oscuras. Llevaba un bolso en bandolera. Sus manos jugueteaban con una llave del Phrigia Hotel. Con el número 207 en la placa.

El rostro de Cassidy reflejó una instintiva mueca.

—Me divierto solo.

—Lo pasarías mucho mejor conmigo —respondió la mujer, con acariciadora voz—. Conozco muchos y variados juegos.

Se había aproximado el empleado del mostrador.

—¿Lo de siempre, Shirley?

La muchacha asintió sin desviar sus ojos de Cassidy.

Le fue servido un combinado a base de crema de leche, ron negro y miel. Con abundante hielo.

—¿Tienes un cigarrillo?

Eddie Cassidy enfrentó sus ojos a los de la mujer.

—Pierdes el tiempo conmigo, Shirley.

—Al menos sí pagarás mi consumición, ¿verdad?

—*Okay*. Y no esperes más de mí.

Los ojos de la mujer adquirieron un destello burlón.

—Eres muy generoso con el dinero de la CIA.

Eddie Cassidy, que había tendido su diestra hacia el vaso, interrumpió el ademán parpadeando perplejo.

—¿Eres...?

—Sí, Eddie. Soy agente de la Central Intelligence Agency —sonrió más abiertamente la muchacha—. Tu enlace.

CAPÍTULO VII

Shirley se detuvo frente a la puerta señalizada con el número 207. En la segunda planta del Phrigia Hotel. Manióbró en la cerradura para, seguidamente, hacerse a un lado permitiendo el paso de Cassidy.

—Adelante, Eddie. No seas tímido.

Cassidy correspondió a la sonrisa femenina.

Al penetrar en la habitación, rozó involuntariamente con el brazo los exuberantes senos de Shirley. La muchacha no le había dejado mucho acceso.

Shirley le siguió cerrando tras de sí.

La habitación era más reducida que las ocupadas por Cassidy en la cuarta planta. También de menos confort. La ventana, comunicando a un patio de luces. Sin antesala.

—¡Oh, cielos! Tengo los pies destrozados. —Shirley avanzó hacia el lecho. Arrojó el bolso de mano procediendo a despojarse de los zapatos—. Estos malditos tacones... No estoy acostumbrada a ellos.

—Me has engañado bien, Shirley. Te confundí con una buscona de hotel. Fue una sorpresa el...

—¿Sorpresa? —interrumpió la joven, con voz marcadamente irónica—. Tú sí eres una buena sorpresa. No podía creerlo. El cerebral Lloyd Patterson confiando en un ladrón de Nueva York. ¡La más importante de las misiones en manos de un principiante! ¿O debo decir en los dedos?

—Tranquila, nena. No te voy a quitar el puesto.

Los ojos de la mujer se posaron fijamente en Cassidy. Con un fuerte destello. Un brillo que de inmediato desapareció. Reemplazado por una sonrisa que afloró al rostro femenino.

—Perdóname, Eddie... Estoy algo nerviosa. Imagino que no estás aquí por tu gusto, ¿verdad?

—Correcto, Shirley. Esto no es lo mío. Yo estaba muy tranquilo en Washington. Había decidido pasar allí unos días. Luego Virginia, Kentucky, Arkansas y Texas. Ya no pensaba regresar a Nueva York. Y es en Washington donde tengo mi primer tropiezo. Allí estaba casualmente Lloyd Patterson. En visita a la Brigada Especial. Me ofreció la libertad a cambio de colaboración.

Shirley asintió.

Con gracioso mohín.

—Sí, los chantajes son algo normal en Patterson.

—Estaba de por medio un anciano y su nieta. Yo no hubiera aceptado el chantaje de no...

—¡Por favor, Eddie! —rió la muchacha, en cantarina carcajada—. No te disculpes. ¿Olvidas que yo soy agente de la CIA? No debes avergonzarte. Terminado este asunto te marcharás; pero yo seguiré bajo las órdenes de la Empresa. ¡Soportando la ignominia!

—Eres muy sarcástica.

Shirley ahogó un suspiro.

Tensando al máximo la tela del vestido. Dando la sensación de que los duros senos iban a rasgar el tejido.

—Es una coraza. Una forma de disimular mi miedo. Lo del LMS es aterrador. Hoy he recibido información de primera mano. Por boca de Evelyn Hankammer.

—¿La hija del profesor? ¿Está aquí?

—Sí, Eddie. En el Phrigia Hotel. Llegó hoy. Hace apenas unas horas. Y yo fui la primera sorprendida al verla. Deduzco que el servicio de inteligencia alemán se ha puesto en contacto con ella para que identifique el LMS. Nadie confía en «Cóndor». Es una organización desconocida para todos. Puede tratarse de unos principiantes. Y eso siempre es peligroso.

—¿Sin noticias del profesor Jurgen Hankammer?

—En efecto. Nada. Esperamos que, al entrar en contacto con «Cóndor», se nos informe de su paradero.

—¿Eres tú la designada para entrevistarte con «Cóndor»?

—No. Se ha desplazado un hombre de Washington. Un pez gordo de la Central Intelligence Agency con plenos poderes. El portador de la oferta. Una oferta que ignoro. «Cóndor», al dirigirse a nosotros y citarnos en el Phrigia Hotel, solicitó una contraseña para poder identificar al enviado de la CIA. También la desconozco. La

CIA, la KGB, el Intelligence Service... deduzco que todos han dado una pista para ser identificados por «Cóndor» y éste pueda establecer contacto con ellos cuando lo considere oportuno.

—Entonces... ¿cuál es tu papel aquí?

Shirley cruzó las piernas.

Procedió a deslizar las medias después de librarlas del negro ligero. Mostrando con generosidad los largos y esbeltos muslos. En un turbador espectáculo que fue apreciado por Cassidy.

—Llevo una semana en el Phrigia Hotel, Eddie. Haciéndome pasar por una mujer de la noche. He ido investigando a todos los sospechosos llegados últimamente al hotel. Procurando tomar sus huellas y cursarlas a nuestra delegación en Londres. Ése es mi trabajo. Y el de un par de compañeros más que deambulan por el Phrigia Hotel con los ojos muy abiertos. También ellos están al corriente de tu llegada. Tal vez se pongan en contacto contigo.

—¿Cómo podré identificarles?

—Los agentes designados para la Operación Cóndor llevan una moneda de un dólar con la efigie de Eisenhower. —Shirley alargó su diestra para coger el bolso de mano—. Una moneda de plata no puesta en circulación. Ésta es.

—La conozco.

—Dudo que se pongan en contacto contigo, Eddie —la muchacha volvió a guardar la moneda—. No les ha hecho gracia esa genialidad de Patterson en contratarte. ¡Y encima te presentas acompañado de un anciano y su nieta! Temen que vuestra presencia complique aún más el panorama.

—Sólo yo sé la importancia del contenido de la caja negra. Mis acompañantes creen que vamos a rescatar unos documentos secretos.

El bello rostro de Shirley se ensombreció.

Un leve e imperceptible temblor sacudió a sus labios.

—El LMS... Todavía estoy horrorizada. Me habían hablado de él. De sus horribles efectos. De su atroz capacidad de destrucción. Ahora, después de conversar con Evelyn Hankammer, estoy aún más alucinada. Evelyn me habló del LMS. De los experimentos llevados a cabo junto con su padre...

—¿Cómo has conseguido hablar con Evelyn Hankammer?

—Ya había conversado con ella con anterioridad, aunque muy

brevemente. Al poco tiempo de la desaparición de su padre. Crucé tan sólo unas palabras de cumplido. Yo acompañaba a un dirigente de la CIA. Le prometimos investigar sobre la desaparición de su padre, pero todos hemos fracasado. Sospecho que nos interesa más el LMS que la suerte del profesor Hankammer.

—¿Sabe Evelyn lo de la... subasta?

—Su presencia aquí parece indicarlo. Llegó sola, aunque de seguro es escoltada por agentes del servicio de inteligencia alemán. Ellos la habrán informado de las intenciones de «Cóndor».

—¿Tenemos alguna posibilidad de ganar la subasta?

Shirley esbozó una sonrisa.

—Ya te he dicho que yo misma desconozco la oferta que piensa exponer la Central Intelligence Agency; sin embargo, he llegado a conocer alguna de los competidores. Cierta país, junto con una fabulosa cantidad en lingotes de oro, ofrece a los integrantes de «Cóndor» una nueva vida en un paradisíaco lugar de América del Sur. Una nueva personalidad para los componentes de Cóndor. Vivir totalmente despreocupados. Jamás serían perseguidos ni identificados. Inmunidad total. Aun en el caso de ser responsables de la muerte de Jurgen Hankammer. Sólo importa el LMS.

—Apuesto que ése es el temor de Evelyn. De que se haga el trato y nadie se preocupe por la suerte de su padre.

Shirley no respondió.

Se incorporó acudiendo al boudoir.

Sobre el mueble había un cuaderno de hojas con el membrete del Phrigia Hotel. Comenzó a escribir en una de las hojas.

La arrancó, tendiéndola hacia Cassidy.

—Aquí tienes, Eddie. Una relación de los sospechosos. En total son dieciocho habitaciones. Las señaladas con una cruz son algo más que sospechosos. Un ejemplo... André Duru, habitación 318, se hace pasar por productor, discográfico; pero le tenemos en nuestro archivo. Es un hombre del Deuxième Bureau francés. Este otro... Peter Carmody, trabaja para el Intelligence Service.

—Más ventajoso hubiera sido identificar a alguno de los hombres de Cóndor.

—Puede que estén en esa lista, Eddie —sonrió Shirley—; pero también es interesante conocer a los competidores. Si uno de ellos cierra el trato con «Cóndor», entrarás tú en acción. Demostrando ser

un verdadero «Dedos Finos». Graba esa relación en tu mente mientras tomo un baño.

La muchacha acudió hacia la puerta que comunicaba con el contiguo cuarto de aseo.

Eddie Cassidy, con el papel en la diestra, se acomodó en uno de los sillones que adornaban la estancia. Encendió un cigarrillo, concentrándose en la lectura de aquellos nombres y números.

A los veinte minutos retornó Shirley.

—¿Ya te sabes la lección, Eddie?

—Puedes preguntarme si...

Cassidy enmudeció.

Agrandó los ojos.

Shirley había aparecido ante él protegida tan sólo por un vaporoso deshacillé en nylon transparente. Muy cortito. Sin sujetador. Se traslucía el minúsculo *slip*.

La muchacha le arrebató el papel de las manos.

—Ven, Eddie... Vamos a repasar juntos la lección.

Cassidy obedeció.

Y empezó por conocer los labios de Shirley. Unos gordezuelos labios que le recibieron trémulos. También el cuerpo femenino pareció temblar bajo las caricias de Cassidy. Como si acusara un miedo imposible de dominar.

Eddie Cassidy se percató de ello.

Sí.

Shirley tenía miedo.

CAPÍTULO VIII

Arthur Meredith mordisqueó la enésima tostada repleta de mermelada.

—Ahí le tenemos... ¡El que iba a madrugar!

Cassidy sonrió.

—Buenos días.

Arthur Meredith y Jessica estaban en la mesa de la antesala. Allí les había sido servido el copioso desayuno.

—Tienes aspecto de no haber dormido mucho —comentó Jessica, con cierto tono de reproche en la voz—. ¿Qué tal el Londres nocturno?

Cassidy tomó asiento.

Sin abandonar la sonrisa de los labios.

—No salí del hotel, Jessica. Me limité a tomar un trago en el salón social.

—No te oí regresar, hijo.

—Tienes el sueño muy pesado, Arthur —replicó Cassidy—. También entré en contacto con... con el agente de la CIA. Me proporcionó una serie de habitaciones que tenemos que registrar.

—Oye, Eddie... Esa caja negra puede haber sido depositada en la cámara de seguridad del Phrigia Hotel. ¿No has pensado en ello?

—Descartado, Arthur.

—¿Por qué?

—«Cóndor» no se arriesgaría a ello. Estamos en Londres. El Intelligence Service, británico, ante la gravedad del caso, podría requerir de la dirección del Phrigia Hotel el inspeccionar las cajas fuertes. Lo que buscamos está escondido en una de las habitaciones.

El anciano sonrió con suficiencia.

—He echado un vistazo a la caja fuerte de nuestra habitación. Un juego de niños, Eddie. Modelo similar al
Sax-CB

—Sospecho que tampoco estará en la caja fuerte de las habitaciones. Hay que registrar el equipaje, abuelo. Un doble fondo en una maleta, camuflado entre los muebles...

—Nos conocemos todos los trucos. Una caja negra del tamaño de un portafolios limita también el campo de búsqueda.

—¿No pueden haber cambiado de lugar los documentos? —interrogó Jessica—. ¿Por qué tienen que estar necesariamente en una caja negra del tamaño de un portafolios?

Cassidy terminó la taza de café.

Pasó la servilleta por los labios antes de responder a la muchacha.

—«Cóndor» no abrirá esa caja negra. Si rompe los precintos, significa que ha podido microfilmear los... los planos. No, amigos. Buscamos una caja negra del tamaño de un portafolios. Una caja metálica. Herméticamente cerrada. Y vamos a empezar ahora mismo a buscar. Arthur...

—¿Sí, hijo?

—En el octavo piso. Habitaciones 807 y 812. Te acompañará Jessica. Tú permaneces en el pasillo, Jessica. Protegiendo el trabajo del abuelo. Nada de arriesgarse. Hay que pasar desapercibidos.

—Conozco el oficio, hijo.

—¿Qué vas a hacer tú, Eddie?

—Nos reuniremos en el salón social de la planta baja —dijo Cassidy, incorporándose—. Ahora he quedado citado con el agente de la CIA. Va a presentarme a Evelyn Hankammer.

—¡Eh, Eddie! ¿Qué hago si, buscando la caja negra, encuentro un fajo de billetes?

—Los dejas. Olvida tus instintos, Arthur. Cualquier cosa que te sorprenda, cualquier hallazgo que te cause interés, lo comentas con Jessica. Buscamos esa caja negra, competidores y a los hombres de «Cóndor».

El anciano arrugó la nariz.

—Esto no me gusta, Eddie. Tampoco éste es mi terreno.

—Ni el mío, Arthur —dijo Cassidy, ya haciendo girar el pomo de la puerta—; pero nos hemos comprometido a realizar un trabajo. Y nosotros cumplimos. ¡Hasta luego!

Eddie Cassidy abandonó la *suite*.

No se encaminó hacia los elevadores. Dirigió sus pasos hacia la escalera principal. Descendió dos pisos. En la segunda planta, por un largo corredor con bifurcaciones, localizó la habitación número 207.

Golpeó la puerta con los nudillos.

Consultó seguidamente el digital de su reloj.

Las diez horas y ocho minutos. Con muy poco retraso, acudía a su concertada cita con Shirley Allen, la bella agente de la CIA.

Volvió a repetir la llamada a la vez que hacía girar el pomo. La puerta no cedió al empuje.

Tampoco acudieron a abrirla.

Eddie Cassidy permaneció unos instantes indeciso.

Se disponía a girar sobre sus talones, cuando le pareció oír un leve ruido procedente del interior de la habitación.

Reiteró la llamada sobre la puerta y, transcurridos unos segundos, llevó su diestra a uno de los bolsillos de la chaqueta. Extrajo un objeto metálico. Del tamaño de un cortaúñas. Con ocultos resortes.

Cassidy lanzó una mirada a izquierda y derecha antes de introducir uno de los finos salientes metálicos en la cerradura. Manipuló muy brevemente. Esbozó una sonrisa al percibir el deslizarse del cierre.

Giró el pomo entreabriendo la puerta.

La estancia permanecía en total oscuridad.

—Shirley...

Se adentró tanteando en la pared en busca del interruptor. No llegó a accionarlo. El resquicio de luz que se filtraba por la entreabierta puerta le permitió divisar la sombra que se abalanzaba sobre él.

Eddie Cassidy se ladeó.

Instintivamente.

Esquivó el golpe dirigido a su cabeza, pero no evitó el recibirlo en el cuello. Un brutal trallazo que le hizo doblar las rodillas. Dominado por lacerante dolor, trató de aferrarse a su atacante, pero fue rechazado violentamente.

Cassidy quedó a cuatro manos.

Y en esa posición, contempló cómo su atacante salía precipitadamente de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

De nuevo la estancia quedó envuelta en total oscuridad.

Eddie Cassidy gateó hasta tropezar con la cama. Se incorporó, tanteando el lecho, hacia la mesa de noche. Percibió cómo su mano derecha entraba en contacto con algo húmedo y pegajoso.

Accionó el interruptor de la lámpara de noche.

Fue entonces cuando descubrió a Shirley.

Estaba allí. Sobre el lecho. Con los ojos muy abiertos. Contemplando fijamente a Cassidy. Con la cabeza ladeada. Casi colgando fuera del lecho.

Eddie Cassidy retrocedió.

Pálido.

Con la mirada fija en Shirley.

La muchacha lucía el deshabillé transparente. Totalmente salpicado de sangre. Sangre que había goteado sobre la alfombra hasta formar un viscoso charco en el suelo. Sangre que manaba del brutal tajo que seccionaba la yugular de Shirley.

La misma sangre que había manchado la mano derecha de Eddie Cassidy.

Eddie Cassidy avanzó como un autómatas hacia las cabinas telefónicas emplazadas en el salón social de la planta baja.

Tecleó en el dial.

Un número que le había sido proporcionado por Lloyd Patterson. Sólo debía comunicar con él en caso de haber recuperado el LMS o en situaciones de extrema gravedad. Un número de Londres.

Le llegó una voz masculina a través del micro.

—¿Sí?

—Soy Cassidy. Eddie Cassidy.

Se originó una pausa.

Muy breve.

La voz sonó ahora ligeramente irónica.

—¿Qué le ocurre, Cassidy? ¿No irá a decirme que ya tiene el... material?

Eddie Cassidy tragó saliva. La frente perlada de diminutas gotas de sudor. También temblaba su mano derecha al sostener el auricular. Había lavado escrupulosamente la mano, pero aún le parecía verla teñida en rojo.

—Se trata de Shirley Allen. Está muerta.

—¿Qué?

—La han degollado. En su habitación. Su asesino me atacó. Escapó sin que pudiera verle ni...

—¡Maldita sea, Cassidy! ¡Ni una palabra a nadie! Deje el asunto en nuestras manos.

—Pero yo...

Eddie Cassidy se interrumpió.

Habían cortado la comunicación.

Quedó unos instantes con el micro en la diestra. Contemplándolo fijamente. Como si fuera un objeto extraño. Lentamente lo depositó sobre el soporte abandonando la cabina.

Avanzó por el salón social.

Ajeno al bullicio reinante.

Ciertamente la sala estaba muy concurrida en aquellas primeras horas de la mañana. Hombres de negocios, turistas, elegantes damas... Allí se hablaban todos los idiomas. Incluso había unos representantes árabes.

Eddie Cassidy llegó al mostrador solicitando un *whisky* doble.

Lo necesitaba.

No conseguía apartar de su mente la ensangrentada imagen de Shirley Allen.

Sobre el mostrador, y a disposición de los clientes, estaban los periódicos del día. El *Daily Express*, *The Sun*, *Daily Mail*, *Daily Mirror*...

Unos titulares destacaron a los ojos de Cassidy.

«Productor discográfico francés asesinado en Londres».

Eddie Cassidy atrapó el periódico leyendo la noticia. Allí figuraba el nombre de la víctima. André Duru. De nacionalidad francesas. Dedicado a la producción de discos. Degollado en una callejuela de los barrios bajos londinenses.

André Duru...

El ocupante de la habitación 318 en el Phrigia Hotel. El agente del Deuxième Bureau francés. Uno de los nombres proporcionados por Shirley Allen.

Y ahora estaba muerto.

Al igual que Shirley.

Eddie Cassidy abandonó el salón social pasando al *hall* de recepción. Sus manos todavía sostenían el periódico. Se aproximó al mostrador fingiendo interesarse por unos folletos. Divisó el libro de

registro y el cuaderno diario de estancias.

Un matrimonio italiano se aproximó a consultar con el recepcionista.

Fue el momento aprovechado por Cassidy. Camuflado entre el periódico hizo desaparecer el cuaderno de estancias del Phrigia Hotel. En un movimiento rápido. Con pasmosa agilidad.

Se encaminó hacia el salón de lectura del hotel. Lindante con la peluquería y tienda de *souvenirs*.

No tan concurrido como el salón social.

Allí consultó el cuaderno diario de estancias. Figuraba toda la relación de habitaciones del hotel junto con el nombre del ocupante.

Localizó la habitación correspondiente a Evelyn Hankammer. La número 533.

Eddie Cassidy se introdujo en uno de los elevadores.

Minutos más tarde, deambulaba por los corredores de la quinta planta hasta dar con la habitación 533. La anterior, la 531, ocupada por un tal Aleo Wallach y esposa. La siguiente, la número 535, una *suite* dúplex, no figuraba el nombre en el cuaderno de estancias; aunque sí la indicación de «reservada».

Cassidy dobló el cuaderno guardándolo en el bolsillo interior de la chaqueta.

Golpeó en la puerta señalizada con el número 533.

La espera fue breve.

La hoja de madera se abrió casi al instante apareciendo una muchacha de extraordinaria belleza. Alta. De cuerpo bien formado. Cabellos rubios y ojos de un intenso azul. Rostro de pómulos gatunos y labios exultantes.

—¿Evelyn Hankammer? —inquirió Cassidy, tras un leve parpadear. Como deslumbrado por la belleza femenina.

—Sí, yo soy.

—Mi nombre es Eddie Cassidy. Soy...

—¡Ah, sí! —interrumpió la muchacha con una sonrisa—. El amigo de Shirley. Ya me habló de ti. Pasa, por favor... ¿Y Shirley?

Cassidy se adentró en la estancia.

—Ella... ella no puede venir. ¿Cuándo hablaste con ella?

—Me telefoneó esta mañana. Hace aproximadamente un par de horas. Dijo que iba a presentarme a un amigo. ¿Eres también un

agente de la Central Intelligence Agency?

—No.

La sonrisa, aunque sin borrarse del rostro femenino, fue desmentida por la tristeza reflejada en los ojos de Evelyn.

—No necesitas mentirme, Eddie. Rusos, ingleses, alemanes, americanos... todos tras el LMS. Como una gran cacería. Y el safari está aquí. En el Phrigia Hotel, Lo sé. He sido informada de la Operación Cóndor. —No soy un agente de la CIA.

—Yo sí voy a ser sincera contigo, Eddie. La KGB, la CIA, el Intelligence Service... me importa muy poco que consigan el LMS. Yo sólo quiero recuperar a mi padre. Todos me han prometido mucho, pero únicamente se interesan por el LMS. El porqué es muy sencillo. Quieren conseguir el LMS para imponer la ley del terror. Una más. Otra que añadir a los arsenales nucleares ya dispuestos.

—Me gustaría rescatar a tu padre, Evelyn.

La joven entornó los ojos.

Fijos intensamente en Cassidy.

—Empiezo a creer que no eres un agente de la Central Intelligence Agency. No tienes aspecto de ello.

—Tampoco te imagino entre frascos de laboratorio.

—Se puede decir que desde niña he colaborado con papá —sonrió Evelyn—. Estábamos muy unidos. Mi madre murió al nacer yo, pero mi padre suplió con creces ese vacío. Siempre juntos. Sus ideas eran las mías. Sus ideales los míos. Hoy mismo estoy invitada a participar en una conferencia sobre la paz. Mi padre luchaba por la paz en el mundo. Por la destrucción de todo tipo de armamento. Por la concordia entre los hombres. Por el amor... Mi padre era un iluso.

—Hablas perfectamente el inglés —comentó Cassidy, deseoso de borrar el pesimismo en la muchacha.

—He pasado largas temporadas aquí, en Londres. Y también en tu país, Eddie. En California. Concretamente en San Francisco. Una bella ciudad que... ¡Oh! ¡Tengo que irme! —exclamó Evelyn, consultando su reloj de pulsera—. ¿Me acompañas? Voy a dar esa conferencia en...

—Lo lamento, Evelyn, pero debo realizar un par de asuntos. Sí, me gustaría proseguir nuestra conversación. ¿Cuándo te parece bien?

—También yo tengo un día muy apretado... ¿Esta noche? Pienso cenar en el *snack* del Phrigia Hotel.

—Allí nos veremos, Evelyn.

Eddie Cassidy abandonó la habitación.

Se encaminó por el corredor. Y al pasar ante la habitación siguiente, la número 535, se detuvo. Aquella habitación figuraba sin nombre en el cuaderno de estancias. Reservada, pero sin el nombre del ocupante.

Dudó unos instantes.

Era de suponer que, si no figuraba el nombre, el cliente que efectuó la reserva aún no había llegado al hotel.

Evelyn Hankammer salió en aquel momento de su habitación. Tomó dirección opuesta a la de Cassidy, caminando hacia los elevadores e introduciéndose en una de las cabinas.

Eddie Cassidy manipuló entonces en la cerradura de la puerta señalizada con el número 535. Le llevó cuarenta segundos el abrirla.

Se adentró en la antesala.

Sigiloso.

Entreabrió lentamente la puerta que comunicaba con el dormitorio dúplex. La habitación iluminada por la claridad del día que llegaba con fuerza por el abierto ventanal exterior.

Y descubrió al individuo.

Éste permanecía junto a la puerta que comunicaba con la habitación contigua. Un sexto sentido pareció advertirle de la presencia de Cassidy.

Giró con rapidez.

Un individuo corpulento. De cabeza redonda y grandes orejas. La nariz aplastada. De boca también desmesurada.

—¿Quién eres? —inquirió con gutural voz—. ¿Quién eres tú...?

Eddie Cassidy sonrió.

—Creo que me he equivocado de habitación. Adiós. Perdona.

El individuo sacudió la cabeza.

—No... ya no puedes marchar... Ahora tienes que morir.

CAPÍTULO IX

El individuo llevó su mano derecha a uno de los bolsillos de la chaqueta. Con rapidez. Extrajo una navaja de resorte. La larga y afilada hoja brotó siniestra.

—¡Eh, tranquilo! —exclamó Cassidy—. Me he disculpado, ¿no?

El individuo parpadeó repetidamente.

Una estúpida mueca se reflejó en su rostro.

—Tú... tú eres... Sí... ahora te reconozco... Yo estaba con Shirley cuando tú...

Las facciones de Eddie Cassidy se endurecieron.

—Maldito bastardo... ¿Eres tú quien me atacó? ¿Eres el asesino de Shirley...? ¿Pertenece a «Cóndor»?

El individuo volvió a sacudir la cabeza.

—¿Cóndor...? ¿Qué es «Cóndor»? No importa... ¡Muere!

Cassidy saltó ágilmente hacia atrás.

Esquivando la hoja de acero.

Correspondió con un golpe poco académico. Muy clásico en los barrios bajos de Manhattan. Un violento patadón al bajo vientre del individuo. No se conformó. Volvió a proyectar la puntera del zapato derecho. Ahora a la cabeza.

El individuo rodó por el suelo pesadamente.

Eddie Cassidy le pisoteó la diestra hasta obligarle a soltar la navaja.

—¡En pie, hijo de perra! ¡Aún no he terminado contigo!

El hombre resoplaba ruidosamente. No eran gemidos de dolor, sino de ira. Gateó con torpes movimientos.

—¿Dónde está el profesor Hankammer? —interrogó Cassidy.

El rostro del individuo volvió a reflejar una mueca de cretinismo. Sus facciones acusaban cierto retraso mental.

—¿El profesor? Jorgen Hankammer está muerto...

—¿Muerto?

—Oh, sí... Convertido en gelatina... Derretido... Yo mismo junté sus restos con una pala... luego le enterré...

Eddie Cassidy parpadeó.

Y antes de formular ninguna otra pregunta, recibió el ataque del individuo. Éste saltó aullando como un poseso.

Cassidy esquivó con dificultad aquella lluvia de golpes. Los puños del individuo eran demoledores. Si uno de ellos le alcanzaba de lleno quedaría sin sentido.

Rodaron por el suelo.

La agilidad de Eddie Cassidy le hizo incorporarse en primer lugar.

A tiempo de recibir el empuje del individuo. Atacó como un búfalo herido. Cassidy se hizo a un lado y el individuo se volvió sobre el hueco del ventanal. Quedó oscilando en la baranda.

Eddie Cassidy corrió para sujetarle, pero su intento resultó vano.

El individuo se precipitó al vado con desgarrador alarido.

Cassidy se asomó al ventanal.

Contempló cómo el cuerpo del individuo, tras golpear contra uno de los barrotes del luminoso, rebotaba violentamente estrellándose sobre el asfalto.

Eddie Cassidy retrocedió.

Cuando empezaban a sonar los primeros gritos de horror.

No permaneció allí. Abandonó velozmente la habitación. Al salir al corredor procuró serenar su paso. Dominar los fuertes latidos de su corazón. La sangre le golpeaba con fuerza en las sienes.

Llevaba un buen día.

Shirley al desayuno.

Y ahora...

Por el corredor y pasillos de la quinta planta ya cundió la alarma. Algunos clientes salían de sus habitaciones con el rostro demudado. Sin duda se habían asomado al balcón al oír los gritos.

Eddie Cassidy descendió por una de las escaleras de servicio.

Los elevadores estaban bloqueados.

Llegó a la planta baja.

Con una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

En el *hall* del hotel, la confusión era total. El personal procuraba calmar a los clientes más sensibles y excitados. Una mujer había sufrido un desmayo. A poca distancia de ella se había estrellado el

individuo.

Cassidy acudió al salón social.

Los amplios ventanales no daban a la fachada del accidente. De ahí que la concurrencia fuera reducida. La morbosa curiosidad había hecho salir a la mayoría de los clientes.

Eddie Cassidy acudió a la mesa ocupada por Arthur Meredith y Jessica.

—¡Condenación! ¿De dónde sales, Eddie? ¡Llevamos tiempo esperando!

—¿Te encuentras bien, Eddie? —inquirió Jessica—. Estás algo pálido...

Cassidy tomó asiento.

Forzó una sonrisa.

—Estoy bien, Jessica.

—Parece que se ha caído un fulano por la ventana —comentó Arthur Meredith—. ¡Se ha originado un buen revuelo!

—¿Qué tal tu conversación con Evelyn Hankammer? —preguntó Jessica—. Está su fotografía en los periódicos. Acude hoy a dar una conferencia sobre la paz. Es muy bonita.

Cassidy encendió un cigarrillo.

Sus manos acusaron un ligero temblor.

—Apenas hablé con Evelyn Hankammer. ¿Cómo os ha ido a vosotros?

—Nada de interés en las habitaciones 807 y 812 —respondió el anciano—. Las registré a conciencia. Lo único interesante que encontré fue una revista pomo bajo la almohada de la 812. ¿Por dónde seguimos, Eddie? Oye... dame una lista y actuaré por mi cuenta. De haberla tenido no hubiera estado aquí perdiendo el tiempo.

—No voy a proporcionarte ninguna lista, Arthur. Es más... ahora mismo te largas de aquí en compañía de Jessica. Buscad otro hotel. No os quiero aquí.

Arthur Meredith y Jessica intercambiaron una perpleja mirada.

—Por favor, Eddie —suplicó la muchacha, dirigiendo una inquisitiva mirada a Cassidy—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué te sucede?

Y Cassidy habló.

Desobedeciendo la orden de guardar silencio. Necesitaba contar a alguien lo ocurrido. Arthur y Jessica eran los más indicados. Sus

amigos. Sus camaradas de siempre. Jessica era la mujer amada. Arthur, el padre que jamás conoció.

—Entonces... ¿ese fulano despanzurrado...?

—Sí, Arthur. Yo estaba con él.

—¿Y Shirley Allen? —preguntó Jessica, con voz apenas audible. Impresionada por la narración de Cassidy—. ¿Sigue allí... en la habitación?

Eddie Cassidy denegó con un movimiento de cabeza.

—Deduzco que sus compañeros de la CIA ya han actuado. He pasado por la segunda planta. Han colocado un cartel en la habitación. «No molestar». No... ya nada molestará a Shirley.

—No vamos a salir de aquí, Eddie —dijo Jessica, ahora con firme voz—. Los tres juntos... o ninguno.

—Escucha, Jessica... Esto no es un juego para «ratas de hotel». Se están originando una serie de muertes. Ayer, André Duru, hoy Shirley Allen... y la de ese individuo. Yo me quedo hasta el final. Es mi trato con Lloyd Patterson. Tú y el abuelo iréis a otro hotel. Cuando todo haya terminado me reuniré con vosotros. Telefoneadme indicando el hotel elegido.

—Pero...

—¡Obedece, maldita sea!

Jessica inclinó la cabeza. Fue Arthur Meredith quien, incorporándose, hizo levantar también a la muchacha. Sin añadir ninguna otra palabra, abandonaron el salón social.

Eddie Cassidy quedó solo en la mesa.

Por muy poco tiempo.

—¿Puedes cambiarme esta moneda, amigo?

Cassidy alzó la mirada.

Un individuo le sonreía con la palma de la mano derecha extendida. Mostrando una moneda de un dólar. Una moneda de plata con la efigie de Eisenhower.

No esperó respuesta de Cassidy.

El individuo tomó asiento. Era joven. De unos treinta y cinco años de edad. Podía pasar por un *playboy* de hotel en busca de vieja millonaria.

—Mi nombre es Clint Rampling. Tengo buenas noticias para ti, Eddie. Ya has terminado el trabajo.

Cassidy entornó los ojos.

—¿Quieres decir...? ¿Tenemos el LMS?

El llamado Clint Rampling hizo una mueca.

—¿El LMS? «Cóndor» no se ha puesto en contacto con nosotros. Ni con ninguno de los demás invitados a la subasta. Esto parece una trampa. Una encerrona. Ayer liquidaron a André Duru, el enviado del Deuxième Bureau francés.

—Y esta mañana a Shirley.

—Sí, Eddie, pero tenemos un tercero más. Gerry Bottoms. Nuestro enviado. El dirigente de la CIA con plenos poderes para negociar con «Cóndor». Le hemos encontrado muerto en el interior de su auto. Frente al volante. Con un tajo en la yugular. El crimen se cometió hace menos de una hora. También nos ha llegado una confidencia digna de todo crédito. Anatoly Gleskova era el hombre desplazado por los rusos. Llevaba una semana en Londres. Alquiló un apartamento en la zona de Bloomsbury. Hoy tenía que trasladarse al Phrigia Hotel. Ya no le será posible. Está muerto. En su apartamento. Sobre el lecho. También degollado. Según mis noticias, llevaba muerto más de veinticuatro horas. Lo dicho, Eddie. Esto se ha convertido en una masacre. Y abandonamos el terreno de caza.

—Pero... ¿y el LMS?

—Ese maldito «Cóndor» ya establecerá nuevamente contacto. Y entonces le pediremos explicaciones a su ausencia de ahora y a los asesinatos.

—Puede que sean obra de Cóndor.

—¿Por qué iba a matar a la gallina de los huevos de oro? —dijo Clint Rampling con leve sonrisa—. No, Eddie. «Cóndor» quiere dinero a cambio del LMS. Y todos estábamos dispuestos a pagar. Algo extraño ha ocurrido. Algo... diabólico que ha originado ya cuatro víctimas. Abandonamos el caso de momento. Tú regresas a Washington. Lloyd Patterson ya está al corriente.

—¿Sigue Shirley en el hotel?

El rostro de Rampling se ensombreció.

—Ya hemos sacado su cadáver. En un baúl. Como un fardo de ropa sucia.

—Su muerte ha sido vengada, Clint.

El agente del Central Intelligence Agency arqueó las cejas.

—¿Qué quieres decir?

—Sorprendí a un individuo en la habitación de Shirley. El mismo que hace unos minutos cayó desde el quinto piso.

—¿Le arrojaste tú?

—Fue en el curso de una pelea. Estaba en la habitación 535. Próxima a la de Evelyn Hankammer. Le sorprendí y...

—¡Maldita sea! ¿Por qué no has hablado antes de ello? ¿Quién era ese individuo?

—Lo ignoro. Dijo que el profesor Hankammer estaba muerto y...

—¡Adiós, Eddie! —interrumpió Rampling, incorporándose—. ¡Regresa a Washington! Esto ya es asunto exclusivo de la CIA.

Clint Rampling abandonó precipitadamente el salón.

Eddie Cassidy le imitó a los pocos minutos, aunque con lento paso. Casi arrastrando los pies. Cansinamente, acudió al mostrador de recepción.

—Ocupo las habitaciones 413 y 414. Abandonamos el hotel. Prepare la...

—Se acaba de recibir una carta para esas habitaciones —interrumpió el recepcionista—. Entrega al... señor Cassidy.

—Sí, yo soy.

Eddie Cassidy rasgó el sobre entregado por el individuo. En su interior una cartulina con unas breves letras escritas en molde.

*«TENGO EL LMS. 202 DE HAYS ROAD.
ACUDE SÓLO».*

En las facciones de Eddie Cassidy se reflejó una dura sonrisa. Era su turno. El asesino le había seleccionado.

Y Cassidy pensaba acudir a la cita.

CAPÍTULO X

Eddie Cassidy indicó al taxista detenerse en Lang Street. En su cruce con Hays Road. Abonó la carrera descendiendo del vehículo.

La niebla londinense, el «puré de guisantes» comentado en todas las guías turísticas, comenzaba a hacer su aparición con el atardecer.

Cassidy se adentró por Hays Road. Y al llegar al 202 descubrió que el edificio estaba cercado por una valla protectora. La casa declarada en ruinas. Deshabitada. Un viejo edificio de ocho plantas, de fachada gris y agrietada.

Eddie Cassidy retrocedió unos pasos.

No había duda.

Aquéel era el lugar de la cita. El 202 de Hays Road. Una calle de nulo tráfico. Y muy pocos establecimientos comerciales. Éstos ya cerrados al público.

Cassidy se aproximó a la puerta existente en la valla.

La empujó.

La hoja de madera, al ceder mansamente, motivó el esbozo de una sonrisa en el rostro de Cassidy. Unas tres yardas separaban la valla de la entrada del edificio. La puerta de la casa aparecía entreabierta.

Eddie Cassidy alzó la mirada hacia la gris fachada.

Los ventanales protegidos por travesaños de madera.

Penetró en el edificio. Un fuerte hedor le envolvió. Una cargada atmósfera. La humedad dominaba por doquier.

Divisó la escalera.

Borrosamente.

La niebla y el atardecer dificultaban la visión.

Se aproximó.

La escalera era de madera. Con artístico pasamanos que la carcoma no había respetado. Cada peldaño acusaba las pisadas. Dos

apartamentos por planta. Sin puerta de acceso. Sin duda ya retiradas por la empresa de derribos.

Eddie Cassidy se detuvo en el rellano del primer piso.

En espera de acontecimientos.

Subió hasta el segundo piso. Incrementándose la oscuridad. Una rata escapó por entre las piernas de Cassidy. Fue en el segundo piso donde descubrió la luz. Enfocada por el hueco de la escalera. Un débil rayo de luz que procedía de los pisos superiores.

Eddie Cassidy volvió a sonreír fríamente.

Consciente de que caminaba hacia la boca del lobo.

Estaba ya en el quinto piso. Había subido con lentitud. Pausadamente. Cuando se disponía a trepar por la escalera que conducía más arriba, sonó la voz a su espalda.

—Aquí, Eddie. Ya has llegado.

Cassidy giró.

Fijando la mirada en uno de los abiertos apartamentos. La oscuridad le impedía ver quién le hablaba, pero eso fue por poco tiempo.

Se encendió una lámpara de gas. Sobre el suelo. Iluminando la entrada al apartamento. Y allí estaba Evelyn Hankammer. Con un siniestro brillo en sus azules ojos. Empuñando con firmeza una «Luger».

—Hola, Evelyn —dijo Cassidy, aproximándose—. Hubiera preferido la cita en el *snack* del Phrigia Hotel.

—¿Sabes rezar, Eddie?

Cassidy contempló fijamente a la muchacha. El rostro femenino aparecía desencajado. Reflejando una mueca de odio.

—No, Evelyn; aunque todos los días hablo con Dios. Le doy gracias por estar vivo. Amo la vida, Evelyn. Cada minuto. Cada segundo.

—Malditos hipócritas... ¿Es el LMS la vida? ¡Todos tras el LMS! ¡Todos ambicionando un arma destructora más!

—¿Y tú, Evelyn? ¿Qué haces tú? Adivino tus manos manchadas de sangre. Te imagino relacionada con las muertes de Anatoly Gleskova, André Duru, Gerry Bottoms, Shirley Allen...

La joven rió.

En desaforada carcajada.

—Sí, Eddie... No te equivocas. Yo he sido. Con mis propias

manos. Uno a uno. Ayudada por mi fiel Peter. Peter Carmody, el hombre que tú has matado arrojando al vacío. Por eso estás ahora aquí, Eddie. Para pagar por su muerte.

Cassidy movió de un lado a otro la cabeza.

—No entiendo nada, Evelyn... Ese tal Peter Carmody era un pobre diablo. Un deficiente mental que...

—¡Peter era mejor que todos vosotros! ¡Mejor que muchos de vuestros ilustres científicos dedicados a la destrucción! —exclamó Evelyn, con irritado rostro—. Yo conocía a Peter desde la infancia... Era un ser puro... Me obedecía como un perro fiel. Hizo suya mi venganza.

—¿Venganza? ¿Contra quién, Evelyn? Explícate.

De nuevo una demoniaca carcajada brotó de la muchacha.

—Sí... eso es lo menos que puedo hacer. Al igual que con los demás. Todos han muerto conociendo mis motivos... Han muerto por codiciar el LMS. Por desear la destrucción de la humanidad... Mi padre estaba horrorizado por el LMS. Cometió el error de informar del descubrimiento a Todd Wilmer. Todd... Uno de los primeros ayudantes de mi padre. Un hombre que estuvo próximo a contraer matrimonio conmigo. Un hombre que gozaba de toda nuestra confianza y amistad... Descubrí hace poco su traición. Ya ha pagado por ella.

—¿Otro muerto, Evelyn?

—Fue como aplastar a una serpiente venenosa. Jamás hubiera imaginado que Todd... Yo estaba ausente de Wylsburg cuando Todd Wilmer se presentó ante mi padre. Le atacó. Quería apoderarse de los secretos del LMS. Luego entró en contacto con los servicios de inteligencia de varios países, ofreciendo el LMS al mejor postor. Tomando el nombre de «Cóndor» y señalando a cada uno la forma de contacto. Yo descubrí el cadáver de mi padre. Atacado por el LMS. Convertido en una deforme masa... Nada pudo hacer el antídoto.

—¿Antídoto?

—Mi padre lo descubrió. Yo soy inmune al LMS. También lo era Peter. Merced a ello, proporcionamos a mi padre cristiana sepultura. Simulé su desaparición. No podía permitir que se viera su cuerpo... convertido en... no... ¡No podía permitirlo! Mi único deseo era castigar al culpable. Jamás hubiera sospechado de Todd.

Era un mediocre asesor en los Laboratorios Kemper de Berlín. Nunca hubiera imaginado que... Maldito... Maldito... Lo descubrí hace poco. Le sorprendí merodeando por el laboratorio de mi padre. Yo estaba con Peter. Todos en Wylsburg querían a Peter. También yo. Y Peter estaba dispuesto a todo por complacerme. Atrapó a Todd. Y le obligué a confesar. Lo de «Cóndor» y la cita en el Phrigia Hotel de Londres. Todas las grandes potencias ofertando... Todos como cuervos deseosos de carroña... Hablando de paz, pero ambicionando más poderosas armas para el exterminio. Acabé con Todd Wilmer. Jamás se encontrará su cadáver. Fue víctima de una dosis de LMS, pero tenía que hacer algo más.

—Acudir al Phrigia Hotel de Londres.

Evelyn asintió.

Con el rostro transfigurado por satánica mueca.

—Sí... Debía castigar también a los hipócritas. A los que pregonan la paz y sólo ambicionan la destrucción. Aquí estaban los enviados. Inglaterra, Estados Unidos, Francia, la URSS...

—Únicamente con el deseo de que el LMS no cayera en manos irresponsables.

La muchacha volvió a reír en estridente carcajada.

—¡Hipócritas! ¡La política del terror! ¡La de las armas nucleares! Yo he acabado con los enviados de las grandes potencias. ¡Terminaré con todos! ¡Aprenderán la lección!

—Yo no soy enviado de ninguna potencia, Evelyn.

—Tú has matado a Peter. Te vi quedar frente a la habitación de Peter. Y simplemente por matarle pagarás con la vida. Peter era mi guardián y protector. Gracias a él acabé con Gleskova, Bottoms, Duru... Peter era fuerte. Yo sólo tenía que alzar mi brazo derecho y ejecutar a los hipócritas. Tú también ambicionas el LMS, Eddie. Estás aquí por él. Y todo el que ambiciona el LMS merece la muerte...

—Estás loca, Evelyn. Tu mente ha quedado trastornada y...

—¡Locos sois vosotros! ¡Locos que provocan su propia destrucción con terribles armas nucleares!

—Necesitas cuidados médicos, Evelyn. El edificio está rodeado, Entrégate y...

—Te he visto llegar, Eddie —interrumpió la joven, sonriente—. He esperado antes de aparecer. Nadie te ha seguido. Estás solo y...

Cassidy actuó.

Evelyn Hankammer estaba demasiado distante para intentar sorprenderla y arrebatarle la pistola. Cassidy optó por propinar un puntapié a la lámpara de gas. Seguidamente se arrojó al suelo.

Sonó la detonación.

Eddie Cassidy casi pudo percibir el silbar del proyectil sobre su cabeza.

Se hizo la oscuridad, aunque no total.

—¡Es inútil, Eddie! ¡No escaparás a la muerte!

La muchacha volvió a presionar el gatillo de la Luger. Una y otra vez. Los disparos atronaron con fuerza.

Fue entonces cuando se desprendieron varios cascotes del techo. Y el suelo se abrió bajo los pies de Evelyn Hankammer.

Eddie Cassidy, que había girado sobre sí para esquivar las balas, quedó bajo el umbral de entrada al apartamento. Y desde allí contempló cómo Evelyn era sepultada por una lluvia de escombros.

Eddie Cassidy saltó del taburete apenas vio entrar al agente de la Central Intelligence Agency.

—¿Cómo está?

Clint Rampling denegó con un movimiento de cabeza.

—Vengo ahora del hospital. Tiene las horas contadas. Ha sufrido muy graves heridas en la cabeza.

—Tal vez perdí tiempo en telefonar a...

—No, Eddie. Has hecho lo correcto —interrumpió Rampling—. Nosotros nos hemos hecho cargo de Evelyn Hankammer, pero ya estamos en colaboración con el Intelligence Service británico. Llevamos juntos el caso. Mejor dicho... ellos nos han aceptado. Ahora todos formamos un bloque. Con el único fin de recuperar el LMS y destruirlo. Así lo hemos acordado.

—No está en la habitación de Evelyn. Yo mismo la he registrado minuciosamente.

—Y antes nosotros —sonrió Clint Rampling—. Después de descubrir la identidad del hombre que cayó de la habitación 535. Peter Carmody. Un hombre de Wylsburg. Un pobre desgraciado sin recurso alguno. Nos sorprendió su presencia aquí y echamos un vistazo en la habitación de Evelyn Hankammer. Con tu versión conocemos ya la horrible historia de sangre y de muerte... La locura de Evelyn... Pero seguimos sin dar con el LMS.

—Evelyn es quien tiene la respuesta.

—Cierto, Eddie. Continúa inconsciente. Esperemos que pueda hablar antes del fatal desenlace. Es nuestra única esperanza.

—¿Puedo hacer algo?

El agente de la CIA mantuvo la sonrisa mientras palmeaba la espalda de Cassidy.

—No, Eddie. Y te felicito por todo cuanto ya has hecho. Creo que serías un magnífico agente de la CIA. En recepción hay ya tres pasajes para un vuelo con destino a Washington. Mañana a las siete. El mismísimo Lloyd Patterson os recibirá.

Se aproximó un botones del hotel.

—Tiene una llamada telefónica, señor Rampling. Por la cabina catorce.

—Gracias, muchacho... Adiós. Eddie.

—Buena suerte, Clint.

Los dos hombres estrecharon sus manos.

Mientras que el agente de la CIA acudía hacia el emplazamiento de las cabinas telefónicas, Eddie Cassidy abandonaba el salón social.

Subió a la cuarta planta.

Encontró a Jessica en la habitación.

—¿Dónde está el abuelo, Jessica?

—No le he visto desde media tarde. Cuando tú llamaste para decir que continuaríamos en el Phrigia Hotel, Arthur salió misteriosamente. Desde entonces no le he vuelto a ver.

Cassidy respiró con fuerza.

—Estará echando un trago por ahí. No ha resultado muy grata nuestra estancia en Londres. ¿Quieres salir a conocer un poco la ciudad?

—No, Eddie. Todo ha sido demasiado horrible. Estoy deseando regresar a casa.

—Mañana a primera hora estaremos ya volando hacia Washington.

—¿Quién se ha quedado con los documentos?

Cassidy hizo una mueca. Se dejó caer cansinamente en uno de los sillones de la *suite*.

—Nadie. Ni la CIA, ni el Intelligence Service. Posiblemente Evelyn se lleve el... los documentos a la tumba.

—¿Morirá?

—Sí. Está muy grave y...

Se abrió la puerta de la habitación para dar paso a Arthur Meredith. Entró canturreando con pastosa voz.

—¿De dónde vienes, abuelo? —interrogó Jessica.

—Hola, hijos. He estado paseando por los St. Paneras Gardena. Tenía que desprenderme de una cosa. Fue curioso... Subí a la quinta planta. Quería echar un vistazo a la habitación de donde había caído el fulano.

—La 535. Reservada por Evelyn, aunque sin dar nombre alguno —dijo Cassidy—. En ella se ocultaba Peter Carmody; aunque a todos los efectos aparecía como vacante. Como si el cliente aún no hubiera llegado. La habitación estaba pagada y nadie se preocupó de más.

—Yo entré en la 533. Al percatarme de mi error iba a salir, pero entonces llegaba un tropel de gente encabezada por la policía. Permanecí escondido en la 533. Aproveché para curiosear. La habitación de Evelyn Hankammer. Dentro del armario encontré la caja negra.

Cassidy respingó en el asiento.

—¿La caja negra?

El anciano asintió divertido.

—Sí, Eddie. Y del tamaño de un portafolios. Salí de la habitación entusiasmado. Cuando bajaba por la escalera empecé a cavilar. Me sorprendió que la caja negra, conteniendo tan importantes documentos, no estuviera escondida. Recuerda que la encontré con sólo abrir el armario. Decidí abrirla. Contenía unas ampollas de cristal. ¡Maldita sea! ¡Buena desilusión me llevé!

Eddie Cassidy estaba pálido.

Su voz tembló al hablar.

—Arthur... ¿dónde... dónde están esas ampollas? ¿Qué has hecho de ellas?

—No podía retornarlas a la habitación. La quinta planta era un hormiguero humano.

—¿Dónde, Arthur? —gritó Cassidy, angustiado—. ¿Dónde están esas ampollas?

El anciano parpadeó.

Sin comprender la excitación de Cassidy.

—Pues... en el St. Paneras Gardens... Me he entretenido

estrellando una a una las ampollas por el jardín.

EPÍLOGO

Eddie Cassidy descendió la escalera saltando los peldaños de dos en dos. Empujando a cuantos encontraba a su paso. Con el rostro desencajado. Bañado su cuerpo en frío sudor.

Llegó jadeante al *hall*.

Descubrió a Clint Rampling junto a los elevadores.

—¡Clint! ¡Clint!

El agente de la CIA giró sonriente.

—Hola, Eddie. Precisamente iba en tu busca para informarte de...

—¡El LMS! —interrumpió Cassidy—. Hay... hay que actuar... hay que evacuar a la población. ¡Dios mío! El abuelo...

—¿Quieres tranquilizarte, Eddie? ¿Qué ocurre?

—El LMS... Arthur encontró la caja negra en la habitación de Evelyn... Rompió las ampollas por todo el St. Paneras Gardens... las cápsulas...

—Agua, Eddie. El contenido de las cápsulas era simplemente agua destilada.

—Pero... pero...

La mueca de estuprar en Cassidy hizo ampliar la sonrisa en el agente de la Central Intelligence Agency.

—Esa llamada telefónica era para informarme de ello, Eddie. Evelyn ha muerto, pero antes pudo hablar. Lo suficiente para decirnos que el LMS fue destruido por su padre. Ella misma colaboró en la difícil labor. Sólo quedaron dos diminutas cápsulas que guardaron para posteriores investigaciones. Una de ellas en el laboratorio del profesor. La otra quedó bajo la custodia de Evelyn. No había más. Ni *dossier* con el proceso de fabricación.

—¿Por... por qué nos mintió?

—Ella quería castigar al asesino de su padre. Descubrió que había desaparecido una caja negra que anteriormente guardó

muestras del LMS. Ahora, simplemente, contenía agua en cápsulas. También desapareció la dosis de LMS, pero estaba en el cuerpo del profesor Hankammer. Sin duda él mismo la tomó para evitar que cayera en manos de Todd Wilmer. Éste se llevó la caja negra engañado por el profesor. Y Evelyn corroboró eso. Consciente de que todos nos esmeraríamos más en la caza del asesino si decía que éste tenía en su poder el LMS. Evelyn quería castigar al asesino... y a todos los que ambicionaran el LMS. No quería dejar vano el sacrificio de su padre.

—Santo Dios... He vivido unos minutos de...

—Todo ha terminado, Eddie. Incluso para Evelyn. Murió suplicando perdón... murmurando una y otra vez la palabra paz. Ella ya la ha encontrado. Adiós otra vez, Eddie. Procura olvidar tu estancia en Londres.

Cassidy asintió con maquinal movimiento de cabeza.

Aún sin reaccionar.

Como un autómatas se introdujo en uno de los elevadores. Al avanzar por el corredor de la cuarta planta, su rostro estaba ya más relajado. Incluso sus labios esbozaban una leve sonrisa.

Arthur Meredith y Jessica estaban bajo el umbral de entrada a la habitación.

—Eddie, te lo suplico —dijo Jessica, con quebrada voz—. No puedo seguir soportando esta situación... Desconozco que...

—Ahora sí todo ha terminado, Jessica. Todo. Arthur...

—¿Sí, hijo?

—Corre al *snack*-bar y compra una botella de champán muy frío. Vamos a brindar por el futuro.

—Por supuesto que no, Arthur. ¡Eres un gran tipo!

El anciano asintió con repetido movimiento de cabeza. Se alejó a cortas y rápidas zancadas.

Cassidy y la joven penetraron en la habitación.

—Eddie, yo...

Cassidy besó los labios femeninos. Ahogando así las palabras de la muchacha.

—No, Jessica. No hablemos más de lo ocurrido aquí. Hablemos de mañana... Desde Washington nos trasladaremos a Texas. Y allí buscaremos esa granja soñada.

Volvieron a unir sus labios.

Ahora más apasionadamente.

—Eddie... puede sorprendernos el abuelo... Cierra la puerta con llave y...

—¿Cerrar la puerta con llave? —dijo Cassidy—. ¿Crees que eso es impedimento para «Abrelatas» Arthur?

Rieron al unísono.

Y sus labios se juntaron de nuevo. Aprovechando al máximo la ausencia del anciano.

FIN